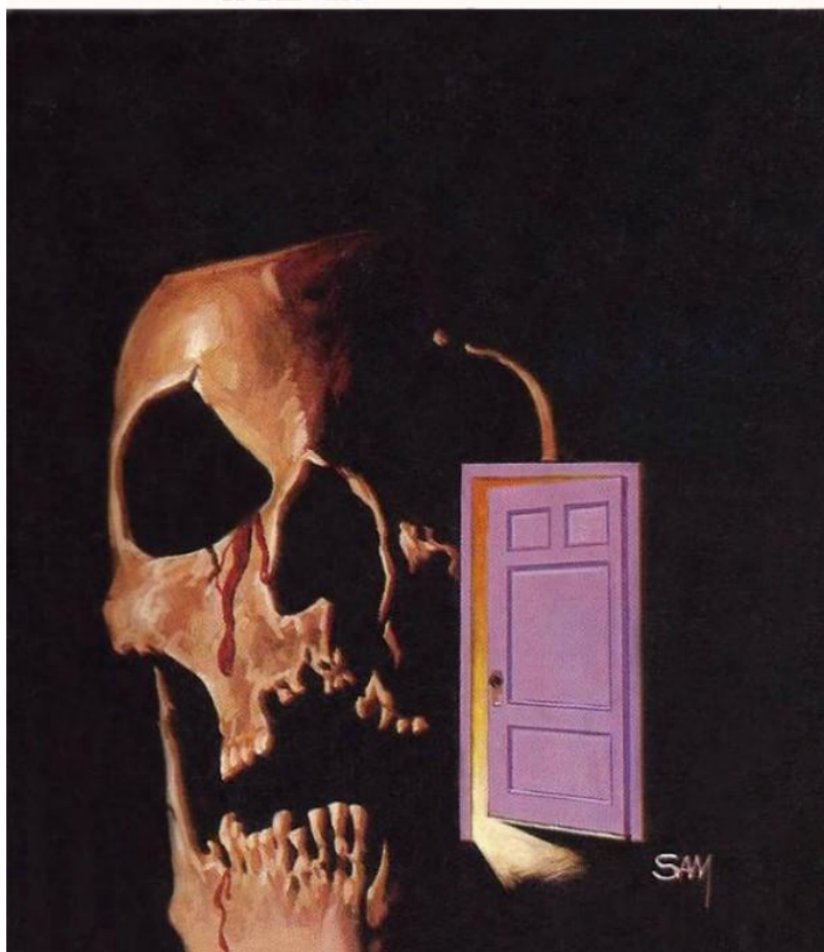


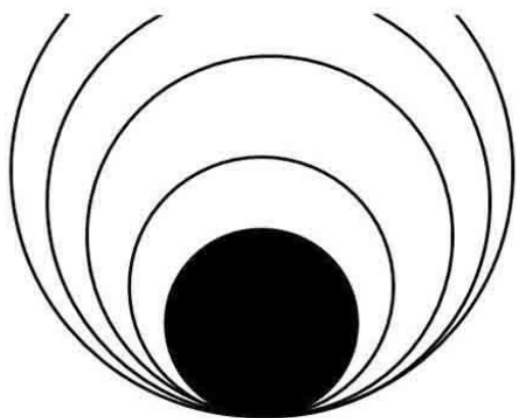


**MISS MUERTE
RECIBE LOS LUNES**

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Silver Kane





PUNTO ROJO



SILVER KANE

**MISS MUERTE
RECIBE LOS LUNES**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 921
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 33.670 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1979

© Silver Kane - 1979

texto

© Jorge Sempere - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.31S. — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.524. — Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

665. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE;

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

902. — El club de las mujeres muertas.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

519. — Tumba para una mujer.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

76. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE;

987. — Pueblo negro.

En Colección LA HUELLA.

80. — Manchas de sangre en los ojos.

CAPÍTULO PRIMERO

La dulce voz femenina dijo con un acento levemente exótico:

—Puedo venir a las cinco. Naturalmente que sí... A las cinco de la tarde en punto. ¿Qué quiere usted que me ponga?

El contable Emerson carraspeó.

—Ponerse... ¿en qué sentido? —preguntó en voz baja.

—Pues es muy sencillo: ponerme encima, señor. Yo soy una chica distinguida, ya lo habrá notado por el precio que acabamos de acordar, y eso tiene sus obligaciones. Quiero decir que me visto a gusto del cliente. Hay quien prefiere un aire muy discreto, casi monjil; hay quien prefiere ropas deportivas y desenvueltas; a otros les gusta la ropa interior *sexy*, con corsés y todo lo demás. A usted, ¿qué le gusta?

El contable Emerson se pasó la lengua por los labios, que se le habían ido quedando imperceptiblemente secos.

—Ejem... Es usted muy amable —dijo—. Celebro que tenga el buen gusto de preguntarlo, porque algunas compañeras de usted... quiero decir... ¡ejem!... algunas profesionales... visten como auténticas golfas, y perdone la palabra. Yo soy un hombre de gustos discretos, a quien le excitan las señoritas normales que ve en la calle. Vista usted como una empleada, si puede ser, pero en cuanto a la ropa interior... ¡ejem!... No me llevaré ningún disgusto si es un poco recargada, ¿entiende? Sé apreciar las cosas algo antiguas.

La dulce voz femenina dijo al otro lado del hilo:

—Le comprendo perfectamente, señor. Quedará complacido. Oiga, una última pregunta.

—¿Qué?

—¿Quién me abrirá la puerta de la calle, en el «*building*» de oficinas?

—Los domingos no hay portero y tenemos conectado el portero electrónico. Usted pulse el timbre del despacho 34. Yo abriré. —

Okay.

Y la chica colgó.

Si su tipo era como su voz, el contable Emerson podía jurar por sus antepasados que iba a pasarse un domingo de miedo.

Justo cuando él acababa de colgar el teléfono, la puerta que daba al rellano se abrió y entró su mujer. Llegaba antes de lo previsto, la muy zorra. El contable Emerson lanzó un suspiro de alivio al darse cuenta de que no le habían atrapado por un pelo.

Su mujer, gorda y desaliñada, entró en la casa, lanzó un gruñido, se sentó y le mostró hasta arriba unas piernas más bien cuadradas y que iban enfundadas en unos feos «*panties*». Luego preguntó con voz de policía:

—¿A quién llamabas? ¿También tienes trabajo el sábado?

—No llamaba, sino que me han llamado —explicó Emerson con expresión compungida—. Es el señor Grover. Quiere que mañana esté en la oficina para una reunión.

—¿En la oficina? ¿Mañana domingo?

—Sí, querida. Es terrible. Hay que revisar los libros de contabilidad porque se ha adelantado en dos días la inspección anual. El señor Grover está muy asustado; no hay excusa.

Ella pareció dudar un momento, pero al fin accedió. Al fin y al cabo el señor Grover era un cabrón que perseguía a su marido día y noche y a veces le obligaba a viajar días enteros por una minucia. Muchos domingos también le había hecho trabajar. No resultaba tan extraño todo aquello.

—De acuerdo —dijo—, ¿te acompaño?

—Oh, no, querida... ¿Qué harías allí?

—Está bien, está bien... Iré al cine.

Emerson sospechaba que su mujer iba a ver películas «porno» y que en la butaca se acariciaba ella misma para consolarse, pero allá ella. Era asunto suyo. Si esperaba una entusiasta colaboración por parte de su amante esposo, iba lista.

Matrimonio perfecto en teoría, sólo se relacionaban sexualmente algunos sábados. Y esta vez el contable Emerson lo evitó con una excusa, porque al día siguiente quería estar en forma.

Y al día siguiente lo estaba.

Ardía en deseos de conocer a la nena.

Mientras en su «Pontiac» recorría las calles de Manhattan, casi

desiertas en domingo, y escuchaba en la radio una canción del Elvis que se había vuelto a poner de moda, el respetado contable Emerson creía estar viendo otra vez él sobre que recibió dos días antes, y que llevaba el membrete de «Personal». Dentro había una inesperada carta.

«Perdone que nos dirijamos a usted de una forma directa, pero la discreción y el alto nivel de nuestras colaboradoras nos impide anunciarnos en los periódicos y en las revistas especializadas. Si usted es un hombre que no siente interés por su propio sexo, rompa este papel y perdone que le hayamos molestado. Pero si, por el contrario, desea pasar un discreto domingo con una señorita de excelente educación, muy agradable, de 19 años solamente, y que atenderá todos sus caprichos, llame al número que indicamos al pie. Sólo de 5 a 7, tardes».

Nada más.

Al pie estaba el número de teléfono.

Emerson había dudado un poco. Pero la verdad era que la carta había tocado uno de sus puntos más sensibles.

A él sí que le interesaba su propio sexo.

Y podía pagarse lujos.

Y sabía muy bien que los «viajes» del señor Grover eran realmente citas con mujeres caras, fuera de la ciudad. Lo que ocurría era que todas tenían más de diecinueve años.

Y él deseaba cada vez más tener contacto con la juventud, ahora que empezaba a sentir un poco el leve peso de los años.

Subió a la oficina, cuyas llaves poseía por ser el contable jefe. Se aseguró de que, por ser domingo, ninguno de los conserjes estaba en su sitio. El portero automático bastaría para abrir, del mismo modo que el enorme diván del despacho del señor Grover serviría para la sesión de amor que se preparaba.

En fin, que aquello era la monda.

Esperó.

Las cinco.

Las cinco y dos...

¡Reeeeeng!

El ronco chirrido del timbre le hizo casi saltar. Por lo menos la chica era puntual. Oyó en el dictáfono la voz de la víspera.

—¿Puede abrimme, señor?

—Claro, nena.

Oprimió el pulsador y la puerta de abajo se abrió. Emerson miró con cierta ansiedad por el cristal gran angular de la puerta de las oficinas. Cabía la posibilidad de que la chica no le gustase, aunque por la descripción que había hecho de sí misma tenía que ser una verdadera joya. En ese caso, la despediría y en paz. Ya estaban de acuerdo en que, si no le gustaba, sólo tendría que pagarle veinte dólares para los taxis.

Pero le gustó.

Resultaba impresionante verla avanzar por el largo corredor. Era una reina. Y además vestía con tanta discreción... Justo como si fuera una oficinista de las que tanto gustaban al contable Emerson. Porque el contable Emerson deseaba con todos los nervios a las oficinistas y detestaba con todos los nervios a las golfas.

Le abrió.

Ella dijo con suavidad:

—Soy Mari Ángeles.

—Hum... Ese nombre suena extraño en Nueva York.

—Mis padres eran argentinos.

Y mirando en torno suyo, añadió con una sonrisa:

—¡Qué oficina tan bonita!

Emerson dijo, subiéndole las faldas bruscamente:

—¡Qué piernas tan bonitas!

Y casi la derribó por el suelo a causa del ansia con que la estaba abrazando. Ella bisbiseó:

—¿Te gusto? ¿Entonces me quedo?

—Claro que me gustas, nena...

Y la besó en la boca rabiosamente.

Le gustaba con locura.

Estaba ansioso por poseerla.

La gran habitación donde se trabajaba toda la semana daba incluso vueltas en torno suyo, a causa de la excitación que sentía, pero de pronto todo cambió. Sonó el timbre de la puerta.

Emerson miró como un alucinado hacia allí. Nadie sabía que estaba. No tenía que venir nadie a aquella hora. ¿Acaso su mujer?...

Pero con la expresión decidida de los que están en peligro musitó:

—Silencio... No voy a abrir... Como si no hubiera nadie... Silencio...

Y, en efecto, hubo silencio.

Pero estuvo a punto de ser eterno.

La hoja de la navaja le acarició la garganta.

—Abre —ordenó la voz silbante de la chica—. Claro que abres...

Era una trampa, pero Emerson no tenía más remedio que obedecer. Si trataba de defenderse, desde fuera enviarían un balazo contra la puerta y la abrirían de todos modos. Y en el edificio no había nadie...

Con mano insegura, abrió.

Un hombre joven, corpulento, de facciones herméticas, entró con la tranquilidad del que ha vivido aquella misma situación docenas de veces. Cerró la puerta, exhibió ante las narices de Emerson un «Magnum» último modelo y felicitó:

—Buen trabajo, nena.

Luego puso el cañón en la garganta del contable.

—Perfecto, amigo —dijo—. Ahora la caja.

—No sé la... la combinación.

El martillo se alzó y el tipo alto dijo tranquilamente:

—Entonces buen viaje. Adiós...

—O... oiga...

—¿Ahora resulta que sabes la combinación?

—Puedo... recordarla... Pero le aseguro que en la caja fuerte no hay nada de interés...

—Eso lo veremos enseguida. Abre.

Era un atraco en regía, y lo peor para Emerson estaba en el temor de que acabasen matándole luego. Los dos habían actuado a cara descubierta, él poseía un teléfono de la chica, y por lo tanto era muy posible que quisieran eliminar el único peligro, el único testigo: que era precisamente él. La angustia que le dominaba hizo que sus dedos temblaran ante los rodillos de la caja.

Pero al fin la abrió. Había una suma de dinero relativamente discreta: diez mil dólares. El atracador los guardó, pero también se llevó con la mayor tranquilidad las dos carpetas de documentos.

—¿Para qué los quiere? —susurró Emerson—. Eso no le sirve para nada...

—Depende. A veces se saca mucho dinero de un simple papel. Pero si es verdad que no nos sirven para nada, ya los devolveremos de un modo u otro, no te preocupes.

Y le propinó un terrible culatazo en la nuca.

Emerson vaciló.

La habitación entera dio una vuelta fantasmal ante sus ojos.

Pensó fugazmente que era la última vez que la veía. El próximo acto consistiría en disparar. Su estómago se contrajo en un espasmo de angustia.

Y luego nada.

Sólo el silencio que lo llenaba todo, ese silencio que hace pensar en los muertos.

Aquel suceso que en realidad no llegó a publicar ningún periódico de la ciudad, produjo una serie de reacciones en cadena que provocaron en muchos sitios de Nueva York un clima de paroxismo y de horror. Pero en el momento en que el contable Emerson se desplomó sin sentido y con la certidumbre de que iba a morir, no podía ni sospecharlo siquiera.

En cambio sí que sabían algo de eso los tres hombres que cuatro horas más tarde, en la plácida noche del domingo, se apearon de un «Lincoln» negro bajo el puente del elevado de Queens Bulevar y se metieron en una casa de dos plantas que tenía el rótulo de una agencia de colocaciones. Como disponían de una llave falsa, no les costó ningún trabajo abrir la puerta. Y la agencia de colocaciones debía de ser un poco especial, porque en el despacho del fondo, sobre una mesa, una chica estaba con las piernas al aire y con un tío encima. El tío resollaba con entusiasmo, quizá porque aquel ejercicio le parecía la mar de sano, pero en cambio la chica preguntaba aburridamente:

—¿Qué? ¿Acabas ya?

Los dos se volvieron a un tiempo al ver entrar a los intrusos. El hombre intentó levantarse inmediatamente mientras gemía:

—¿Pero, por qué?...

No le dejaron hablar más.

La primera bala le penetró por la frente.

La chica lanzó un gemido de horror mientras sentía que la sangre saltaba sobre su cara.

La segunda bala tuvo tal potencia que lo envió fuera de la mesa,

estrellándolo contra la pared.

La chica balbució apenas:

—Oíd... Yo...

No sirvió de nada.

Uno de los verdugos susurró:

—Has visto demasiado, nena. Y eso es una lástima, tratándose de una mujercita tan preciosa como tú.

Y le clavaron una bala entre las cejas. Con los silenciadores que llevaban, apenas se oyó un taponazo.

Al menos no la hicieron sufrir.

La chica también salió despedida de la mesa, con la ropa aún en desorden, cayendo sobre el cadáver del hombre.

Los tres pistoleros se retiraron mientras uno de ellos decía con voz gangosa:

—¿Os habéis fijado? Qué piernas...

Otros dos hombres completamente distintos de los que actuaban en la zona de Queens, subieron a un «Granada» color blanco y se dirigieron a poca velocidad, por la Avenida Número Uno, hasta el puente de Triboro. En cierto modo seguían la misma ruta que los anteriores, pero así como los del «Lincoln» abandonaron Manhattan por el puente de Queensboro, ellos remontaron en el «Granada» la isla más poblada del mundo hasta las cercanías de Harlem.

Cuando grandes y feos bloques de ladrillo les anunciaron que estaban llegando a las nuevas viviendas sociales del barrio negro, detuvieron el coche y lo arrimaron a una zona libre que ahora era un *parking* vacío. Más allá había un pequeño bar con unas luces inciertas y un nombre italiano: «Piacere». El dueño hablaba con un par de putitas sentadas ante la barra, y que ya empezaban a quejarse de que el negocio había ido por los suelos aquella maldita tarde.

Los dos hombres entraron.

Había una completa naturalidad en sus gestos.

El dueño se volvió hacia ellos.

No los había visto nunca.

—¿Qué quieren, señores?

—Una tónica —dijo uno de ellos.

—¿Con qué? ¿Con ginebra, por ejemplo? ¿Con ron?

El hombre que acababa de hablar dijo sencillamente:

—Con sangre.

Y disparó.

Empleó un revólver «Python» de cañón corto. El «Python» produjo un estampido terrible, pero en la zona apartada del bar eso importaba poco. El dueño del «Piacere» retrocedió un paso, rompió el espejo que tenía a su espalda, se llevó las manos a la cara empapada en sangre y se derrumbó pesadamente, mientras las dos chicas se sujetaban a la barra llevando la muerte en sus caras. Sabían que quizá habían visto demasiado; sabían que quizá iban a morir.

El del «Python» dijo en voz baja, como si hubiera adivinado sus pensamientos:

—Eso depende de vosotras. Si resulta *que habéis visto* algo, será la última cosa que habléis en vuestras cochinas vidas.

—No... no diremos nada... Cuando llegue la policía... Nos... nosotras estábamos en el lavabo, haciéndonos...

—Sí, eso, haciéndoos una buena tortilla —dijo el del revólver mientras lo guardaba sin prisas—. Vosotras dos os queréis a rabiarse. Pero si algo nos sucede, más vale que os encarguéis para cada una lápida color de rosa.

Y desaparecieron.

No se había producido ninguna alarma en el *parking* vacío.

La gente debía pensar que el estampido provenía de un tubo de escape.

Pero uno de los dos, precisamente el que había manejado el «Python», volvió un segundo después. Vacío el vaso de una de las chicas.

—Es un «Chivas 12» auténtico —murmuró—. Lo había olido nada más entrar.

¡Cualquiera lo desprecia!

El abogado Curzio llegó aquella noche al aeropuerto de Laguardia, utilizado generalmente por las líneas interiores, en un avión de la «Delta Airlines» que realizaba el servicio de puente aéreo desde Boston. El abogado Curzio era gordo, rico, chapucero, vicioso, distinguido y listo, todo en una pieza. Había estado a punto de ser senador, y ahora escribía los discursos para muchos colegas

del Congreso, todos ellos pertenecientes a la ultraderecha. El abogado Curzio llevaba un traje de seda hecho en Hong Kong, unos zapatos comprados en Milán, un reloj de oro enviado desde «Cartier» de París, una corbata romana y un sombrero adquirido en la londinense Bond Street. Gran tipo el abogado Curzio.

A pesar de ser domingo, un par de desgraciados periodistas de los que creen que un día ganarán el «Pulitzer» (y que en realidad no ganarán más que un ataúd a plazos) le estaban esperando ya. Otro desgraciado colega les había llamado desde Boston:

—¡Oíd! ¡Que Curzio ha salido para Nueva York!

—¿Y qué?

—¡Nada! ¡Que es domingo!

Los dos periodistas habían saltado. ¡Infiernos! ¡Asunto feo a la vista! ¡Y se estaba hablando de dimisiones por malversación de fondos en el ayuntamiento de Nueva York! ¡Si Curzio se desplazaba en domingo era porque llevaba una verdadera bomba!

Le vieron avanzar pesadamente, lentamente, con su cara de mala leche y su aire de hombre que lo sabe todo. Los dos reporteros que soñaban en el «Pulitzer» y al final se conformarían con que no los despidieran, fueron hacia él atravesando la sala.

—Mira... —dijo uno de ellos.

—Ya veo. El abogado Stuff.

—Decían que estaba metido en asuntos sucios.

—Y viene a recibirle...

—Nada más lógico. ¿No está también metido en asuntos sucios el abogado Curzio? ¿Y si nos atreviéramos a preguntarle por aquel mejunje de la corrupción de menores?

El abogado Stuff llevaba una cartera de mano muy grande, sin duda llena de documentos. Eso significaba que tenían prisa y que, para ganar tiempo, los irían examinando en el coche. Los dos hombres se dieron la mano.

Y entonces sucedió.

A los dos reporteros no les despedirían ya nunca.

Se despidieron ellos solos.

Estaban demasiado cerca.

La cartera del abogado Stuff contenía una bomba, pero eso ya no lo llegaron a saber ellos. Sólo se enteraron los que estaban a la distancia suficiente para que no les alcanzaran los efectos de la

terrible explosión.

La cartera contenía la suficiente cantidad de goma 2 y de metralla para destrozar a cualquiera que se encontrase a ocho pasos a la redonda. Y hubo suerte en cierto modo, porque a aquella distancia sólo se encontraban los dos abogados y los dos periodistas.

Uno de ellos aún tardó algunos segundos en morir, pese a que se encontraba materialmente deshecho. Y lo hizo rabiando.

Pero no por el dolor, ya que apenas sentía nada.

Sino porque tenía el notición del año y lo daría otro...

Ramsay estaba hundido en el rincón más arrinconado y más infecto del importante bar de Schlutz, mientras se dedicaba a mirar las piernas de la chica.

El importante bar de Schlutz era importante por eso: porque se llamaba «Bar Importante». En cuanto a lo demás, no quiera usted saber.

Los vasos no se lavaban nunca.

En el *water* había que entrar con licencia de caza, porque merodeaban por allí algunas ratas grandes como liebres.

En el tocadiscos había un solo disco, y además era de Carlos Gardel y estaba fechado en el año 33. A la dueña, que presumía de tener sólo 30 años, le gustaba porque le recordaba el día que perdió el virgo.

Las botellas irrellenables eran rellenadas cada mañana con espantosas mezclas que recordaban el infierno de los mahometanos, donde se pueden beber libremente y sin pagar nada tres cosas. ¿Quiere usted saber cuáles son esas tres cosas, por si alguna le apetece? Pues bien: son el plomo fundido, la hiel y el pus.

El dueño era un hombre muy fino.

Presumía de tener el pene más largo de Manhattan, y de vez en cuando lo ponía sobre el mostrador y lo enseñaba al distinguido público.

Total, que era un bar como para invitar a un amigo de compromiso, si quieres quedar bien con él.

Y, sin embargo, Ramsay iba allí.

¿Motivos?

Las piernas sensacionales de algunas clientas, que eran chicas muy jóvenes a las que sin embargo les gustaba el mugre, porque

decían que eso las liberaba de los convencionalismos de la podrida sociedad burguesa. Ése podía ser uno de los motivos, sí.

Otro podían ser los escritores que de vez en cuando se dejaban caer por allí y pasaban horas enteras ante una línea, En Nueva York existe un poderoso movimiento literario «underground», un movimiento de vanguardia donde muchos dicen que está el futuro de nuestra cultura. Bueno, vaya usted a saber. El caso era que Ramsay encontraba allí nuevos personajes para sus artículos.

¿Más motivos?

Le habían dicho que allí encontraría a Annie, la hija de su amigo Robles, con cuyo paradero se había comprometido a dar.

¿Más?

Había otro motivo muy importante para que Ramsay prefiriese un sitio como el «Bar Importante»: era el sitio donde le tomaban todos los recados y donde el redactor jefe de su periódico podía encontrarle cuando estaba de mala leche, porque cuando estaba de buena leche no se acordaba para nada de él.

La chica que le estaba haciendo la exhibición de piernas desde el taburete le preguntó al fin:

—¿Gustas?

Ramsay estuvo a punto de decir que sí.

Al fin y al cabo tenía treinta años, mucha fuerza, mucha salud y muy poco dinero. De las chicas amaba la más alta cualidad moral que puede tener una mujer: que para dormir con ella no te haga pagar ni cinco.

Y ésta no parecía dispuesta a meterle en demasiados gastos por aquella noche.

Era, sin duda, una auténtica dama.

Pero entonces sonó el teléfono.

El dueño estaba con «aquello» sobre la barra.

Lo medía con un compás.

Al fin sé lo guardó en la bragueta.

Descolgó y dijo:

—Ramsay, es para ti.

—¿Quién?

—Tu jefe.

—Pero si es domingo...

—¿Y a mí qué coño me cuentas?

En efecto, era el redactor jefe de la sección de Tribunales del *New York Times*. La mala baba le salía hasta por el otro lado del micrófono. Como la sección de Tribunales estaba relacionada muy íntimamente con la de Sucesos —tanto que a veces se confundían— aquel pájaro andaba desesperado diciendo que los cabritos del periódico le hacían llevar dos secciones a la vez. Pero eso de llamar en domingo no lo había hecho nunca, y menos a un perro callejero como Ramsay. Las cosas debían ir muy mal.

—Sabía que te encontraría ahí —espetó—. ¿Estás sereno?

—Después de oírte a ti creo que tengo todo el derecho del mundo a emborracharme, Nick.

—Menos chorradas. Ponte en movimiento.

—¿Por qué? ¿Y en domingo? Bien pensado, ¿qué haces tú ahí?

—Me han avisado los del turno de guardia.

—¿Y qué pasa?

—¿Lo preguntas, marrano? Nueva York arde.

—Pues yo no veo nada. Sólo hay una cosa que me arde a mí, pero no te la digo.

Nick saltó:

—¡Ponte en movimiento he dicho! ¡Menos palabras! ¡Quiero la información antes de hora! ¡Es posible incluso que hagamos una edición extraordinaria!

—¿Pero..., qué ocurre?

—¡Montañas de cosas! ¡Han matado al de la Agencia de Colocaciones Sullivan! —Ése tenía líos con los corredores de apuestas y hasta dicen que con el Sindicato del Crimen— murmuró Ramsay, que en el mundo sórdido del hampa se las sabía todas.

—Cierto. Y han matado a Busters.

—¿El del bar «Piacere»?

—El mismo.

—De ése se murmuraba que había hecho desaparecer unos documentos relacionados con un desfalco en el Ayuntamiento de Nueva York —insinuó Ramsay, mientras por un lado hacía trabajar su memoria y por otro lado hacía trabajar su mano derecha, que ya estaba en los muslos de la chica.

—Veo que vas entendiendo. ¿Y sabes quién ha llegado a Nueva York, precipitadamente, pese a ser domingo? —masculló Nick.

—Curzio —dijo en voz baja Ramsay.

—¡El mismo! ¡Estás en forma después de todo, cabrito! ¡Lo cual significa que detrás de esas muertes hay algo que no es simplemente accidental! ¡Hay algo mucho, pero que mucho más importante!

—Intentaré entrevistar a Curzio aunque tenga que meterme en la bañera con él —prometió Ramsay—. Siempre se hospedaba en el Hotel Sheraton. Voy allá. Le sacaré lo que hay detrás de esos crímenes y detrás de ese viaje.

—No. Ramsay.

—No... ¿Por qué no?

—Porque no debes ir al Sheraton. Vete a la Morgue.

—Infiernos...

—Curzio ha volado junto con un colega llamado Stuff, en el aeropuerto de Laguardia. Una bomba en la cartera de Stuff, pero seguro que éste no sabía que la llevaba, porque ha volado también. Y se han cargado a dos periodistas del *Herald*, que estaban tras la pista de algo. Es el notición de Nueva York, muchacho. Vete a la Morgue y saca lo que puedas. Yo pongo en movimiento también a Spencer y a Mole.

Ramsay dijo como un autómatas:

—Bien.

Y colgó.

Estaba realmente hundido en sus propios pensamientos. La mano derecha ya no trabajaba en los muslos de la chica. Ya no trabajaba en ninguna parte.

Al notar ella que la dejaba, murmuró:

—Maricón.

Ramsay ni la oyó. Fue hacia la puerta.

El dueño dijo:

—He oído lo de Sullivan, muchacho.

—Sí.

—Todo lo oigo por el micro auxiliar, leches. Tú lo sabes.

—Sí —dijo el otro como una máquina.

—Lo de la bomba en la cartera de Stuff ha tenido que ser un paquete de esos que se accionan por radio, por control remoto. En el Vietnam los usábamos bastante. Esperabas a que un enemigo se pusiese a orinar encima y entonces... ¡zas! ¡Mierda!

Ramsay no le oía siquiera. Estaba ya en la puerta. Pero la voz del dueño le inmovilizó como si hubiera chocado con un muro de

cristal. Era una voz dura, profunda y grave, que lo cambiaba todo.

—Oye, Ramsay. Lo que quería decirte no es eso. A mí lo de los explosivos en la cartera de los abogados me la trae floja. Lo que quería decirte es otra cosa muy distinta.

—¿Qué?

—El viejo Robles, el paralítico al que debes tantos favores, te pidió un único favor a ti.

—Cierto —dijo Ramsay con un hilo de voz.

—Que buscaras a su hija Annie Robles, huida de casa. El viejo sospecha que su dulce hija, la dulce Annie Robles, ha chingado con medio Nueva York. Pero es un buen tío, uno de los de la vieja época. Le gustaría verla chingar solo con el marido, rodeada de hijos, y oírla cantar en los aniversarios. ¿Qué quieres que te diga? Yo estoy pasado de moda: aún me emociona la gente así. El viejo Robles tiene derecho a soñar en eso.

Ramsay chascó dos dedos.

—¿Por qué crees que vengo a tu infecto bar? —preguntó—. Pues porque aquí se tienen noticias. Y porque las noticias me pueden servir para dar con el paradero de Annie Robles. Quiero ayudar al viejo.

—Está bien, muchacho... Lo sabía pero no te lo quería decir. Me fastidia dar disgustos a los amigos. Tengo idea de que Annie estaba liada con Sullivan, el de la agencia de colocaciones. Ya sabes que había dinero largo detrás de esa tiendecilla. Creo que se la zumbaba en su coche y en todas partes. En fin, tú me entiendes.

Ramsay dijo con un hilo de voz:

—Sí.

Claro que le entendía.

Le entendía tan bien que tomó su coche, un tronado «Morris» inglés cuyo cárter enviaba ya chorros de aceite sobre las ruedas y fue hacia el puente de Queensboro en lugar de ir a la Morgue, como le habían ordenado. Dejó el coche bajo los carriles del elevado, casi en el mismo sitio donde poco antes había estado el «Lincoln». Pero él no lo sabía.

El coche dio un zumbido y, a pesar de estar el motor parado, el velocímetro marcó ciento veinte. Las luces del aceite se encendieron, el agua del radiador empezó a salir por el encendedor eléctrico y el pedal del freno se partió por la mitad. Pero ésas eran

cosas a las que Ramsay estaba tan acostumbrado que ya no les dio importancia.

Fue a la tiendecilla, cuya modestia había despistado tantas veces a la bofia de Nueva York. Pero ahora toda la plana mayor de la Brigada de Homicidios estaba allí. Se habían traído media docena de coches con toda la artillería. Para hacer el completo sólo les faltaba avisar a los bomberos y a los detectores de radiactividad.

Ramsay mostró su credencial.

—*New York Times* —dijo.

No le dejaron pasar hasta el despacho, pero al menos llegó a la puerta y pudo ver el interior. Pudo ver el cuerpo de Sullivan desnudo, espatarrado contra la pared. Pudo ver el cuerpo de Annie desnudo, con las piernas tan abiertas que hasta mostraba el interior de la vagina. La estampa era patética.

Los fotógrafos de la Brigada de Homicidios tomaban placas en silencio, sin olvidar ni un detalle de la habitación. Los expertos en huellas se movían por todas partes, mientras uno de ellos marcaba con tiza la posición de los cuerpos antes de retirarlos. Todo el despacho estaba lleno de esa actividad siniestra y silenciosa que llega después de la muerte.

Ramsay no necesitó nada más.

Fue hacia la salida.

Sentía vértigo.

Nunca le había ocurrido.

El teniente Manfred, que le conocía, bisbiseó:

—No creo que tengas demasiados problemas para titular la noticia. Sullivan se había retrasado últimamente en el pago a los corredores de apuestas y se la tenían jurada. Llegó al límite que los corredores no toleran, seguro. Y... ¡zas! No le busquéis tres pies al gato esta vez porque la cosa no tiene demasiada importancia.

—Claro —dijo Ramsay, casi sin escucharle.

Sabía bien lo que el otro quería. Manfred no era tonto. Que en pocas horas reventen tres hombres como Sullivan, Buster y especialmente Curzio no es simple casualidad. Podía haber algo muy importante detrás, y como los de la baña no tenían la menor idea de lo que era, preferían que la prensa no armase jaleo de momento. Sólo les hubiera faltado eso.

—¿La chica? —preguntó, casi sin voz.

—Una zorrita de por ahí —dijo Manfred con indiferencia—. Le gustaba darle al porro y a lo que cayera. Según parece, se la había chingado media ciudad.

Ése fue todo el funeral que tuvo Annie Robles, eso fue todo lo que a Ramsay le quedó para transmitirle al viejo. Una chica liberada que quiere vivir su vida, que de pronto se da cuenta de que existen el porro, el viajecito con el LSD y el dinero fácil echando un polvete de vez en cuando. Todo eso hasta que la balean cuando un gordo se la está tirando sobre una mesa. Precioso final.

Ramsay notaba en la garganta una sorda angustia por el viejo. Tenía que ser él quien acudiera a darle la noticia, antes de que se la diesen los otros. Si un hombre como Manfred le soltaba lo que él acababa de oír, el paralítico no lo resistiría.

De modo que susurró:

—Claro que sí. Una putita.

Y salió de allí arrastrando los pies.

Ya no se acordó del periódico, ya no se acordó de su redactor jefe, ya no se acordó de la investigación, ya no se acordó de nada más. Cuando a las doce de la noche volvió al bar, después de haber dejado a Robles dormido con un tranquilizante, la chica de las piernas bonitas aún estaba, pero se las sobaba otro tío. El fino dueño del establecimiento comparaba la longitud de su miembro con la longitud del miembro de un mongol que parecía haber llegado allí en paracaídas. Un par de borrachos pedían ya a gritos un notario para hacer testamento, porque notaban los primeros síntomas de perforación de estómago. En fin, que aquello estaba en plena forma.

Sonó el teléfono.

El dueño dijo:

—Ramsay, para ti.

Ramsay tomó el auricular. Era la amable voz del redactor jefe, quien le quería demostrar su cariño de alguna manera.

—Quedas despedido, hijo de puta.

Ramsay no preguntó por qué. Sabía que había fallado en todo. De pronto se dio cuenta de eso, hundiendo en las sombras del pasado las horas que acababa de dedicar al viejo Robles. Toda una edición extra de uno de los periódicos más importantes del mundo había estado pendiente de él, de sus investigaciones, y él no se

había molestado ni en telefonar. El despido era más que justo.

—Tienes razón —musitó—. Ni siquiera voy a reclamar ante la Asociación de Periodistas. Hazme la liquidación cuando quieras. No puedo oponer nada.

Aquella inesperada mansedumbre desorientó al redactor jefe, que esperaba todo lo contrario. Se dio cuenta de que, por alguna razón que él aún desconocía, estaba hablando con un hombre destrozado, un hombre que ya ni siquiera reaccionaba. Eso fue lo que le hizo musitar:

—Bueno, vas a tener una oportunidad. La última.

—Bien —dijo Ramsay, sin ánimo ni para protestar.

—Es una información que ninguno de tus compañeros ha querido. Tú la seguirás. —Bien...

—Últimamente corre por ahí una especie de banda de «call-girls», de chicas de la vida a las que llamas por teléfono.

—Siempre las ha habido —musitó Ramsay.

—De acuerdo, pero éstas roban, atracan o hacen «chantaje». La policía me acaba de dar la noticia de un recientísimo caso de esa clase. Ha presentado la denuncia un contable llamado John Emerson. Desde ahí puedes llegar a algún sitio. Sigue la línea, cabrón.

Y cortó.

Ramsay hizo una mueca. Sabía muy bien que era un asunto feo, pero la gente se derrite por los asuntos feos. A veces uno inicia una serie de ellos en una página y el administrador se cuelga entusiasmado de las lámparas porque llueve la publicidad.

Ramsay sabía que había que seguir trabajando, que seguir tirando del carro. Pese a que el domingo ya había terminado, buscó en la guía telefónica el nombre de un contable llamado John Emerson. Lo encontró, pero ya no se atrevió a llamarle.

Hasta un periodista debe ser educado de vez en cuando. Decidió dejar la cosa para el lunes.

No sabía que el lunes era el día en que recibía la muerte.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, temprano, llamó.

Una voz masculina bastante insegura le contestó diciendo que, en efecto, estaba hablando con John Emerson.

Pero Ramsay no tuvo ni siquiera tiempo de decir que trabajaba para el *New York Times*.

Al otro lado de la línea, sólo al mencionar Ramsay y primera letra de su profesión, colgaron inmediatamente.

Ramsay no insistió.

Tenía anotada ya la dirección.

Mejor ir allí.

Se atrevió a pilotar su «Morris», cuya aguja con el motor parado aún marcaba ciento veinte. Apenas arrancó, la aguja se puso a marcar cero. Para que las marchas entraran había que hacer doble embrague y para que el bolido frenara había que pulsar el pedal tres veces, pero Ramsay ya sabía todo eso. Sin matar a nadie y sin provocar un caos general en el tráfico de Nueva York, consiguió llegar ante la casa de Emerson.

No era un mal sitio.

La vivienda constaba de dos plantas y tenía delante un pequeño jardín. En él estaba estacionado un coche, lo cual indicaba que seguramente el dueño de la casa aún no había salido. Grandes árboles aislaban aquella casa de las contiguas, haciendo que sus paredes quedaran envueltas en un espeso silencio.

Ramsay avanzó hacia allí.

El excesivo silencio nunca le había gustado, pero tampoco se atrevió a romperlo. Quería observar bien el ambiente antes de llamar a la puerta. Cuando se dispuso a hacerlo, se dio cuenta de algo que no era normal.

La puerta estaba entornada.

Golpeando con los nudillos llamó:

—Eh, amigo...

Silencio.

—Perdone que le moleste. Sólo quiero hacerle un par de preguntas sin importancia. Soy Ramsay, del *New York Times*.

Nuevo silencio.

Eso ya era extraño. Resultaba lógico que el pájaro estuviera dentro. Ramsay empujó la puerta y se atrevió a entrar.

De pronto se detuvo.

Había sentido frío en la columna vertebral.

Porque la sangre salpicaba las paredes.

La mesa estaba volcada.

La cabeza del tío descansaba sobre una butaca.

El resto del cuerpo se hallaba medio descuartizado al otro lado de la habitación.

Los tajos eran brutales. Para aquella siniestra tarea, habían empleado una hacha. Ramsay, que no se tenía por un cobarde, sintió sin embargo que los pies se le clavaban en el suelo y que le fallaba la respiración.

—Dios santo... —musitó.

Nunca había visto un crimen semejante. Aquella casa que en otro tiempo debió ser acogedora daba la sensación de haberse convertido en la sucursal de un matadero. Y aquel silencio pegajoso, enervante que lo llenaba todo hacia el ambiente más irrespirable aún.

Ramsay avanzó dos pasos.

Tenía la horrible sensación de no haberlo visto aún todo.

Y, en efecto, dentro de la habitación que servía de dormitorio encontró a la mujer. Era una cincuentona que parecía más vieja que Emerson. Su cabeza estaba tiernamente sobre la mesilla y el resto del cuerpo yacía en la cama. La sangre goteaba al suelo y lo empapaba todo.

El espectáculo hubiese frenado a un bisonte lanzado en estampida. Ramsay sintió que otra vez los pies se le clavaban en el suelo mientras su pensamiento volaba. El primer cadáver tenía que ser el de Emerson, El segundo el de su mujer.

Y la sangre goteaba, lo cual indicaba que... ¡que los crímenes se habían cometido muy poco antes!

¡Y que los asesinos aún tenían que estar allí!

Ramsay se volvió con la rapidez del rayo.

De pronto había oído aquel chasquido a su espalda.

Su brazo derecho se alzó con la agilidad de un karateka.

Y logró desviar «*in extremis*», casi con el codo, el mango del hacha que ya volaba hacia él. El filo mortífero, que aún estaba empapado en sangre, casi le rozó. La figura femenina que empuñaba aquella terrible arma quedó apenas insinuada en la puerta.

Todo duró unas décimas de segundo.

Ramsay apenas vio una figura alta, un vestido elegante. Apenas vio una cabellera larga y unos ojos grandes. De pronto la asesina saltó hacia atrás con la agilidad de un puma y desapareció de la vista de Ramsay. El hacha que había estado a punto de segarle el cuello desapareció con ella.

Ramsay fue a dar un salto también.

No le importaba seguir.

Ya no pensaba en el peligro. De pronto sólo pensaba que tenía en sus manos la mejor noticia del año. Fue a atravesar la puerta y en aquel mismo instante oyó tras él el ruido típico de la corredera de la pistola al ser montada.

La asesina del hacha no estaba sola.

Alguien se disponía a hacer, a espaldas de Ramsay, el trabajo que ella no había podido terminar.

Ramsay se lanzó de costado contra la pared.

Voló materialmente, con una agilidad que quizá no había tenido nunca. Todo el muro tembló como si fuera a derrumbarse a causa del impacto. La bala que debía haberle perforado la cabeza atravesó la puerta.

Los ojos de Ramsay perforaron el aire.

El tipo que ocupaba con una «Luger» el centro de la habitación —ahora podía verlo— tenía la pinta del clásico tiburón de *gang*, el pajarraco que ha nacido con una pistola entre los dientes y al que pagan por usarla. Bruscamente la giró para cazar con ella a Ramsay, mientras de sus labios brotaba una maldición.

No llegó a disparar.

Ramsay le había lanzado a la cara aquella bandeja de bronce.

Le imprimió una terrible fuerza y la hizo girar como el lanzador hace girar el disco. El borde de la pesada bandeja dio de lleno en el

cuello del pistolero y casi lo envió por tierra. Su cara se volvió roja, porque durante un instante debió tener la sensación de que le habían roto la tráquea.

Reaccionó un instante después, pero ya Ramsay había cambiado de posición. Estaba detrás de un diván y se lo arrojó materialmente encima. El pistolero disparó otra vez, pero la bala salió desviada porque no podía verle.

Al recibir inesperadamente el peso del diván, rodó por tierra. Y aunque un profesional como él nunca soltaba la pistola, quedó aturdido un instante mientras intentaba desembarazarse del mueble. No se pudo dar cuenta de que Ramsay volvía a saltar con una agilidad felina y se colocaba tras él.

Verdaderamente Ramsay nunca había vivido una situación así. Actuaba por puro instinto. Sabía que tenía que defender su piel y que no le quedaba tiempo para pensar. Su salto hacia el pistolero fue el que hubiera dado una fiera salvaje que sólo sigue su impulso.

Vio en el suelo la cabeza de su enemigo.

Seguro que no iba a estar ni dos segundos en aquella posición, Pero él los aprovechó.

Con la punta de su zapato, golpeó dos veces con todas sus fuerzas el cráneo del pistolero. Bruscamente lo vio encogerse como un ovillo.

Los ojos se le volvieron espantosamente blancos.

La boca se le torció.

Ramsay entendía lo bastante de golpes —había sido boxeador «*amateur*» mucho tiempo— para darse cuenta de que acababa de hundirle la base del cráneo. Aquel tipo no había reventado aún, pero si no le atendían pronto estaba condenado a muerte, Ramsay ya no le golpeó más.

Tomó la «Luger» y se la remitió entre la camisa y el pantalón. Podía serle útil en determinado momento.

También se apoderó de la cartera del moribundo, con la documentación, porque eso podía ayudarle en sus investigaciones. Luego saltó de nuevo para buscar a la mujer del hacha.

Ahora que él disponía de una «Luger», era la asesina la que lo pasaría mal. Por eso la buscó en el vestíbulo donde estaba el cadáver de Emerson.

Nada.

Había desaparecido.

Ni que se la hubiera tragado la tierra.

El ruido de un motor zumbando más allá de los árboles le indicó que la asesina huía. Seguro que había bordeado la casa por detrás, saliendo al camino secundario donde tenía el coche. Ramsay corrió hacia el que estaba estacionado delante de la casa por si podía perseguirle con él. Claro que para eso hubiera necesitado que estuviesen las llaves de contacto puestas, a fin de no perder tiempo. Por desgracia, las llaves no estaban. Y él no disponía de margen para buscarlas.

Perseguir a la fugitiva en su tronado «Morris» era peor que un sueño. Aparte de tenerlo lejos, saltaría hecho pedazos si lo forzaba durante más de una milla. Por lo tanto no le quedaba más remedio que dejarla huir.

Y él también iba a tener que escapar.

No podía aparecer envuelto en aquel lío en el que quizá se dejaría la piel.

Corrió, lo más oculto que pudo, hacia el «Morris» y lo puso en marcha, largándose de allí. De una cosa no tuvo que preocuparse, y fue del rastro de sus neumáticos, por los que podrían identificarle.

Eso no era problema para él.

Estaban tan gastados que no dejaban marca...

El policía Clarke estaba mascando chicle cuando él entró. Le había visto algunas veces por allí y le conocía. Con voz cargada de indiferencia preguntó:

—¿Desde cuándo has trabajado tú los lunes por la mañana, Ramsay?

Ramsay se puso también en la boca un chicle. Quería olvidar. Quería quitarse de la memoria el hecho de que Annie Robles estaba muerta, el hecho de que John Emerson estaba muerto. Quería olvidar las malditas palabras de su redactor jefe cuando le dijo que Nueva York se había puesto a arder.

Seguro que aún no habían descubierto el cadáver de Emerson ni el de su dueña y señora. Seguro que el hombre que tenía hundida la base del cráneo la había palmado ya. Pero de momento él era inocente, él era simplemente a los ojos de Clarke un periodista que iba detrás de un hueso, un tipejo que trabajaba.

Dijo con voz que quería ser indiferente:

—Un hombre llamado Emerson presentó ayer, domingo, una denuncia.

—Se reciben docenas de ellas cada día. ¿Por qué fue?

—Atraco. Creo que lo hizo una «call-girl».

El policía recordaba aquello, porque los asuntos de esa clase no son tan frecuentes como los otros. Susurró:

—En tu periódico queréis que la gente no llame nunca más a una

«call-girl»,
¿verdad?

—Tal vez sí. Los dueños son unos puritanos. No les gusta que las «call-girls» se ganen la vida.

—Pobres chicas —dijo Clarke.

Y le extendió por encima de la mesa el texto de la denuncia. Había también un dibujo robot. Clarke musitó:

—El tipejo era un contable, uno de esos rutinarios que uno encuentra en el Metro siempre a la misma hora. Estaba tan asustado que las gotas de sudor le resbalaban hasta el suelo. Pidió al que estaba de turno anoche que, sobre todo, fuéramos discretos, que no se enterara su mujer.

—¿Por qué estaba tan asustado?

—Se habían llevado documentos de su jefe. Por lo visto, quiso echar el polvete el domingo por la tarde en la oficina, para que fuera más discreto. Si no dábamos pronto con esos documentos le iba a costar el porvenir, decía. Cuando al pájaro lo soltamos, arrastraba las alas por el suelo. Estaba hecho una caca.

Ramsay musitó:

—¿Y ese dibujo?

—Es un retrato-robot. Hizo una descripción muy detallada de la chica, porque el tal Emerson es de esos que se fijan en todo: es un puñetas. Y uno de nuestros hombres la dibujó. Vamos a hacer copias y distribuirlas entre los de la Brigada del Vicio, por si la encuentran por ahí. También se va a hacer una visita a las casas de «call-girls» más o menos controladas. Es un terreno delicado. Hay empresas que controlan a más de doscientas de ellas, y detrás de esas empresas está la Mafia.

Ramsay lo sabía bien. No necesitaba que se lo explicaran. Pero

mientras sacaba el chicle de entre sus labios opinó:

—Con las casas controladas no se sacará nada. Ninguna de ellas se arriesga a chafar el negocio por un atraco. Ésa debe de ser una aficionada, aunque puede resultar peligrosa.

Supongo que el tal Emerson debió dejar el número de teléfono al que la llamó.

—Por supuesto —dijo Clarke—. Ahí lo tienes.

Y lo ocultó inmediatamente todo, porque así no soltaba prenda y al mismo tiempo no podían acusarle de no dar facilidades a la prensa. Pero Ramsey era un lince: se le quedó grabado el número. Con una sonrisa dijo:

—Gracias.

Y se largó de allí. Aún pudo oír la voz de Clarke que rezongaba:

—¡Basura, que no publicáis más que basura!

Ramsay no hizo caso. Precisamente el *New York times* publicaba muy poca información de tipo espectacular y además a Ramsay, en este momento, su periódico le importaba poco. Lo sucedido en la casa de Emerson ahogaba todos los otros pensamientos. Salió del Precinto y anotó unos datos antes de que se le olvidasen.

Por ejemplo el teléfono de la damisela.

Por ejemplo la dirección del sitio donde se había cometido el atraco, que era el Building Grover. Se trataba de un gran edificio de oficinas casi en el mejor emplazamiento comercial de la ciudad.

Por ejemplo los rasgos fundamentales del retrato-robot que él acababa de ver, Ramsay era un aceptable dibujante y un extraordinario fisionomista. Se metió en una cabina pública.

Llamó a aquel número.

Silencio.

Era normal. La policía debía haber llamado también. Pero ahora era indispensable dar con la dirección que correspondía a aquel número. Por descontado que la policía lo habría averiguado ya y en eso le llevaba a Ramsay una ventaja decisiva. El tenía que ir a remolque. Pero cuando no hay más remedio, no hay más remedio.

Fue personalmente a la delegación de la ITT, para averiguar la dirección que correspondía a aquel número. Cuando la tuvo, pudo comprobar que se trataba de una calle del Bronx.

Fue allí.

El edificio estaba en una especie de «frontera de la ley», en el fondo de una calle tranquila más allá de la cual había una serie de edificios derruidos donde las bandas imponían el terror. Era un hotel medio hermético, un hotel para parejas. Y a Ramsay no le sorprendió.

Aquello explicaba muchas cosas.

La dueña tenía pinta de vieja «cocotte» francesa que había venido a parar a los Estados Unidos ni ella misma debía saber cómo.

—La policía ya ha estado aquí —dijo, apenas el joven le mostró la página donde estaba reproducido el retrato-robot.

—Lo imaginaba.

—¿Usted quién es?

—*New York Times*.

La tía hizo una mueca.

Era evidente que no creía a Ramsay.

—Un carnet de esa clase se consigue en muchos sitios —dijo.

—El mío es auténtico; puede comprobarlo.

—No hace falta. ¿Qué quiere saber?

—La chica recibió la llamada aquí. Debió pasar parte del día en una de las habitaciones, pendiente del teléfono. Usted la vio.

—Sí... Más o menos tenía esa cara.

—¿Con quién estuvo?

—Con un tío, naturalmente. Y no vaya usted publicando en su cochino periódico que ésta es una casa de citas. La bofia lo sabe.

—No pienso publicar nada. Sólo quisiera ver la habitación.

Y le puso entre los dedos un billete de a veinte.

—Sígame —dijo ella.

El pasillo era penumbroso y había puertas a ambos lados. Tras alguna de ellas se oían risitas y suspiros ahogados. Una voz muy baja dijo desde más allá de una de las hojas de madera:

—Pero al menos quítate la pistola para funcionar, hombre.

Claro que la bofia sabía lo que era aquello.

Los clientes gratuitos más numerosos debían ser, precisamente, tíos de la bofia.

Ramsay oía el sonido quedo de sus propios pasos mientras su cerebro se disparaba. Imaginaba la situación. Se publica un anuncio muy discreto o, mejor aún, se le envía una carta al pájaro al que se

ha elegido ya. Se le da el número de teléfono de una habitación ya alquilada. La chica pasa el día en la cama con un amigo mientras espera la llamada. Se acuerda la cita; la chica y el amigo inspeccionan el terreno; en un edificio de oficinas es muy fácil colarse, mediante una simple llamada al portero automático, cuando en la tarde del domingo no hay nadie; la chica y el cómplice usan distintos ascensores para llegar con una breve diferencia y para que no se les vea juntos. El único momento en que han estado juntos ha sido el indispensable para atravesar los dos a la vez la puerta de la calle, ya que el resorte del portero automático sólo la dejaría abierta unos segundos. El resto podía ser muy fácil o muy difícil, según la sorpresa que le causaran al pájaro. Pero generalmente muy fácil.

Mientras el cerebro de Ramsay acumulaba todos estos pensamientos, la vieja «cocotte» le señaló una puerta.

—Aquí —dijo.

Ramsay empujó la hoja. Entró.

Y si la sangre se le había helado poco antes al entrar en la casa de Emerson, la sangre se le volvió a helar ahora pero por un motivo muy distinto. Porque vio la cama un poco más allá.

Y en la cama aquellas piernas de campeonato.

Adornadas con aquellas medias de *vedette*.

Aquellos pechos al aire.

Aquellos ojos penetrantes.

Aquella boca fresca.

CAPÍTULO III

La chica era muy joven, tanto que Ramsay se impresionó. Por lo general, en lugares de vicio más o menos clandestino como aquél, uno no encuentra beldades así. Apenas pasaría de los veinte años y tenía el aspecto entre ingenuo y puro de una primeriza. Claro que una chica que lo enseña todo en una casa de citas no puede ser ni ingenua ni pura ni primeriza, pero los ojos de Ramsay le estaban diciendo todo lo contrario.

Ella no se sorprendió en absoluto. No se cubrió tampoco las tentadoras formas. Todo aquello era para un hombre, y resultaba que el hombre era Ramsay. Cosas que tiene la vida, aunque Ramsay no entendiera nada.

La desconocida musitó:

—Cierra la puerta.

El lo hizo.

Menuda tentación...

La vio incorporarse.

Sus piernas...

Sus senos...

Su boca...

Su...

Su pistola.

Ramsay se la encontró clavada en el estómago cuando menos lo podía esperar, mientras ella barbotaba:

—Y ahora vas a contarme todo lo que sabes, hijo de puta.

Fina la chica, al menos.

Pero Ramsay no tenía tiempo de pensar en eso, porque ella parecía dispuesta a apretar el gatillo. Y aunque Ramsay disponía de una «Luger» remetida entre su camisa y su pantalón, no podía ni soñar en utilizarla. Por eso lo único que hizo fue alzar los brazos mientras susurraba:

—¿Cuánto le has dado a la dueña?

—Cien dolores.

—¿Para que yo me dejara sorprender?

—Sí.

—De acuerdo, pero me temo que tú no me esperabas a mí, nena. Has cometido un error.

Ella pareció desconcertada un momento, sólo un momento, mientras seguía manteniendo el cañón firme. Ramsay se dio cuenta de que había acertado en la diana e insistió:

—Estoy indefenso. Puedes apretar el gatillo cuando quieras y habrá terminado el juego, pero estás a punto de cometer un error fatal. Contra mí no puedes tener nada, porque yo no estoy metido en este mejunje. Simplemente soy un periodista.

Ella pareció más desconcertada aún, aunque no soltó la pistola. Mientras retrocedía medio paso dijo, queriendo convencerse:

—Saca con dos dedos la cartera. Que yo la vea.

—Bien, nena.

El no se desabrochó la americana, para que la chica no viese la «Luger». Le tendió la cartera de identidad con un movimiento suave. La chica fue a mirarla al otro lado de la habitación, para no recibir un golpe mientras tuviera los ojos ocupados en aquello. Al fin bajó el arma.

Estaba desconcertada.

—No es lo que esperaba —dijo.

—¿Qué esperabas?

—A alguno de la banda.

—¿Qué banda?

—Mira, largo de aquí.

Estaba claro que no quería soltar prenda, pero entonces Ramsay se desabrochó la americana. Sacó la «Luger» con dos dedos, antes de que ella reaccionase, y la arrojó sobre la cama quedando completamente indefenso. Ella pestañeó, sin entenderlo.

—Si tuviera algo contra ti —dijo quedamente Ramsay— hubiera podido usar el arma. En lugar de eso te dejo todas las cartas en la mano para que veas que soy sincero. Y te juro también que no voy a publicar una línea de lo que tú me digas.

La chica le seguía mirando desconcertada. Ahora era ella la que no entendía una palabra. Mientras de pronto intentaba cubrirse las

piernas, como si sintiera una repentina vergüenza, musitó:

—¿Qué haces aquí?

—Por orden, preciosa. Yo te he dicho quién soy. Sabes dónde trabajo y sabes que me llamo Ramsay. ¿Cómo te llamas tú?

—Eva.

—De acuerdo. Te facilitaré las cosas contándote también para qué he venido aquí. Mi periódico me ha pedido información sobre algunos atracos cometidos últimamente por «call-girls». El que sufrió un hombre llamado Emerson es el más reciente y he empezado por él. El sitio al que llamó Emerson para cerrar el trato era esta habitación, por lo cual he querido verla. Muchas veces un pequeño detalle te da la pista que no esperabas. Pero entro y resulta que te veo a ti. Y ahora soy yo el que pregunta.

Ella entornó los párpados.

De pronto parecía mucho más serena.

Musitó:

—Está bien, pregunta.

—Has dicho que querías sorprender a uno de la banda. ¿Qué clase de banda? ¿Y a qué clase de tipo?

—No te pases de listo, Ramsay.

—No me paso de listo. Me parece que los dos estamos metidos en el mismo barco, aunque de momento ignoro cómo hemos llegado a él. Por lo tanto, lo que trato de hacer es ayudarte para que me ayudes. Dime a qué clase de tipo esperabas y a qué clase de banda.

Ella se retorció los dedos nerviosamente mientras decía:

—Quizá haga falta empezar a contar algunas cosas por el principio:

—Pues empieza.

—Yo tenía una amiga llamada Elena Bell.

—De acuerdo.

—Era como mi madre y mi hermana a la vez. Yo se lo debía todo. Me había ayudado en la enfermedad y en la pobreza, me había dado su amistad, su consejo y todo lo que tenía. Si después de eso yo no hago alguna cosa por Elena Bell, no merezco llamarme un ser humano.

Ramsay chascó dos dedos.

—Me parece muy razonable, nena —musitó—. Y sigue porque te estoy escuchando. Antes, cuando te he visto desnuda, yo era sólo

pene, pero ahora soy sólo orejas.

—Elena Bell murió —dijo entonces Eva, como disparando las palabras—. Fue asesinada. —¿Cuándo?

—Hace más o menos un año, pero yo lo he sabido hace poco. Por eso me he puesto en movimiento ahora.

—¿Y para qué te has puesto en movimiento?

—Para vengarla.

—No es tan fácil vengar a una mujer que fue asesinada hace un año, preciosa. Por lo pronto, necesitas conocer una serie de cosas que no sé si conoces. En primer lugar, ¿cómo murió Ellen?

—No lo sé.

—Mal principio, muñeca, nena. Así no iremos a ninguna parte.

—Deja que me explique mejor. Hay personas que desaparecen y personas que desaparecen. Ellen no era la típica chica que se va a San Francisco con un tío, se harta de chingar con él y luego reaparece en su casa diciendo que ha estado de viaje de negocios y que se le olvidó escribir una carta. Ellen Bell, por el contrario, era una mujer consciente, muy serena, muy reflexiva, que no hacía nada porque sí. Trabajaba para la UNICEF, es decir para la infancia desamparada.

—Reconozco que eso es digno de una mujer bastante seria —dijo Ramsay.

—Su especialidad eran las chicas de entre doce y dieciséis años —continuó Eva—. Había viajado mucho por Sudamérica, por las Antillas y por Asia. Vio auténticos dramas y ayudó a mucha gente. Pero en los últimos tiempos parece que había dado con algo que le quitaba el sueño. Últimamente algunas chicas habían sido recogidas por organizaciones que se llamaban caritativas y que en realidad, según sospechaba Elena, se dedicaban a utilizar a algunas de las chicas para repartir droga y a otras para la prostitución de menores. El negocio parece que era de gran altura, es decir uno de esos negocios contra los que una persona sola no puede luchar. Grandes intereses se movían detrás de todo eso. Elena Bell llegó a sospechar que la Mafia y el Sindicato del Crimen podían estar relacionados con ello. También algunos «profesores» corruptos y hasta los grandes «rankings» mundiales del juego, pues esas chicas solían ser vistas por grandes hoteles donde hay casinos. Es decir, Elena Bell, que hubiera dado su vida por un niño desvalido, se encontró con

algo que no había sospechado jamás. Y se dispuso a luchar con todas sus fuerzas contra ello.

—¿Sola?

—De momento, sí. Quería tener algunas certezas antes de hacer acusaciones oficiales, ya que de momento dudo que dispusiera de pruebas. A mí me había confiado algo. Estaba demacrada, inquieta y creo que hasta su carácter había cambiado. Sufría mucho.

—Lo comprendo —dijo Ramsay, que se iba centrando en la situación—. Continúa, por favor.

—Trataré de resumirlo: ella trabajaba día y noche, investigando, hasta que de pronto desapareció. Habíamos acordado en vernos un domingo y ya no acudió a la cita. La busqué por todas partes sin resultado. Pero pensé que la UNICEF la habría enviado con urgencia a cualquier sitio del mundo y que ya me escribiría.

—Es un pensamiento muy razonable —opinó Ramsay, mientras volvía a meterse la «Luger» entre la camisa y el pantalón.

—Durante meses —continuó Eva— estuve dirigiendo cartas a todos los lugares donde más o menos podía estar, sin obtener respuesta. Luego me aterró ante la idea de que pudiese estar muerta, de que le hubiera sucedido lo que ella tanto temió. Visité a sus amigos, hablé con sus escasos parientes... Nadie sabía nada. Últimamente he estado incluso con la policía, pero la policía se muestra reticente y no me hace demasiado caso. Dicen que una chica joven y guapa debe haber tenido algún lío y ya aparecerá. Pero yo sé que Elena Bell no estaría tanto tiempo sin comunicarse conmigo. *¡Yo sé que está muerta!*

Sus últimas palabras habían sido un gemido que casi atravesó la puerta de la habitación. Ramsay le recomendó silencio con un gesto mientras musitaba:

—Te entiendo muy bien, pero eso no acaba de explicar tu presencia aquí.

Eva se empezó a vestir con lentitud (lo cual era una verdadera lástima) y se retorció los dedos con nerviosismo mientras añadía:

—Sí que la explica. Lo que te acabo de contar son los antecedentes, pero ahora voy a lo que ha ocurrido en los últimos días. Fue una chiripa, una casualidad que me dejó asombrada, pero quizá fue también el premio a mi constancia, porque yo la había buscado por medio país. Hace dos días pasaba yo en el autobús por

delante de esta casa... ¡cuando me pareció verla entrar! Quedé tan asombrada, tan alterada, que hasta me costó encontrar la casa cuando en la primera parada me apeé. Llamé y la dueña me dijo si tenía una cita. Fue entonces cuando me di cuenta de la clase de edificio en que me había metido.

—No es tan difícil darse cuenta —susurró Ramsay—, pero comprendo tu sorpresa. ¿Y qué aclaraste con la dueña?

—Se mostró reticente. No me quiso decir nada. Como máximo, y untándole la mano, me aclaró que una chica como la que yo le describía había estado en esta habitación con dos hombres durante todo un día. Que ella suponía que se dedicaban a hacer «cuadros», es decir, combinaciones sexuales entre tres, pero poco le importaba eso. En cambio a mí la idea me aterrorizó.

—Lo entiendo.

—Para entenderlo mejor habría que conocer a Elena Bell, tan decente, tan virtuosa, tan dulce... Por lo que me contó la dueña, deduje que los dos tipos que habían estado aquí, acostándose con ella durante todo el día, atormentándola quizá, eran unos «duros», o sea que eran los que mandaban, los que imponían su ley. ¿Qué podía yo pensar? Lo que sigo pensando ahora: que Elena Bell está en poder de unos hijos de perra que la explotan salvajemente. Que la han hecho caer en lo más bajo y necesita que alguien la saque de ese fango. Pues bien, ese «alguien» voy a ser yo, aunque me juegue la piel. Ideé, por tanto, un plan que me pareció peligroso, pero directo y sencillo: untar a la dueña de la casa para que me permitiera ocupar indefinidamente esta habitación y hacer entrar en ella a cualquiera que preguntase por mi amiga. Lo primero que vería el tío Serían unas piernas y unos pechos que... en fin, yo sé que no están nada mal. Un hombre en esas condiciones piensa en todo menos en el peligro. Y cuando se encontrase con el cañón de la pistola en el ombligo, quizá se le desataría la lengua...

—Exactamente como me he encontrado yo, ¿verdad? —preguntó Ramsay.

—Sí. Exactamente como te has encontrado tú.

Ramsay reflexionaba velozmente.

Dejando al margen la valentía y la nobleza de la chica que tenía delante, él iba atando cabos. Y la conclusión que estaba obteniendo... ¡le dejaba sin respiración!

Poco a poco, con dedos que repentinamente se habían hecho trémulos, sacó la agenda donde él había reproducido en líneas generales el retrato-robot.

Los mostró a Eva.

—¿Elena Bell podría ser esta mujer? —susurró.

Y vio que el rostro de Eva se convertía en una especie de mancha color ceniza. Vio que no iba a necesitar palabras. Porque de pronto todo el cuerpo de la muchacha pareció vacilar y su voz se convirtió apenas en un soplo mientras decía:

—Sí...

CAPÍTULO IV

El delicado y finísimo dueño del «Bar Importante» tenía «aquello» sobre el mostrador.

Se había excitado muchísimo al ver las braguitas de una chica que se lo enseñaba todo impudicamente desde una mesa del fondo.

Decía que con un metro no tenía bastante para medir y que iba a necesitar una tira metálica de esas que utilizan los topógrafos.

Optimismo no le faltaba al tío.

Pero se guardó el paquete al ver entrar a Ramsay, y sobre todo al ver la chica fantástica que le estaba acompañando.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó el dueño con su finura habitual—. Oye, ¿es de verdad o es una muñeca hinchable?

—Es una muñeca hinchable que me tocó en la tómbola —dijo Ramsay—. Por eso te aconsejo que no la toques: se arruga.

—Puede que compruebe eso más tarde, cuando no esté mi mujer. Oye, te ha llamado tu redactor jefe.

—¿Y?...

—Dice que lo que te encargó no era tan difícil. Que si no le traes algo hoy, lunes, por la noche, te puedes considerar despedido, y que esta vez no habrá amistad ni nada que valga. Oye, Ramsay, yo creo que hablaba en serio: los escupitajos le salían por el auricular. Me he tenido que lavar la cara.

Ramsay sabía que sí, que esta vez hablaba en serio. Pero lo que en otro momento hubiera representado un drama para él le pasó casi tan desapercibido como un comentario sin importancia. Fue como un sonámbulo hasta el fondo del local y se dejó caer en una silla. La chica de las braguitas se puso ahora a hacerle exhibiciones a él, pero el muy condenado no se dio ni cuenta.

Eva también se había sentado. Sin preguntarles, el dueño del tugurio les sirvió una mezcla de *whisky*; ginebra y ron que él llamaba muy acertadamente

«goma-2».

Luego se retiró sin hablarles más, porque parecía darse cuenta de que, por primera vez en su vida, Ramsay estaba verdaderamente en otro planeta.

Fue Ramsay quien musitó al cabo de un par de minutos, mirando fijamente a los ojos de Eva:

—Tenemos que hacer un resumen de la situación, muchacha. Todo esto es un rompecabezas sin sentido, pero supongo que algunas piezas tienen que acabar encajando. Hemos de ir numerándolas una por una.

—Claro que sí, Ramsay. Empieza.

—Tenemos una chica virtuosa llamada Elena Bell y que seguramente ha muerto. Esa chica pasa un año sin dar señales de vida y de repente aparece ejerciendo la prostitución en Nueva York. Aquí hay ya muchas cosas que no encajan, pero hemos de seguir.

Eva hizo un gesto de asentimiento.

—Claro, Ramsay —musitó.

—Tenemos a continuación una cosa lógica: aparece un cliente. Es un contable llamado John Emerson que, al parecer, lleva una vida doble y hasta triple sin que lo sospeche su mujer. Ese contable quiere echar un casquete el domingo y piensa que hay un sitio estupendo donde no le pescarán, y donde él incluso puede contestar al teléfono si llama su mujer: las oficinas de la Compañía Grover, donde trabaja. Va allí y la chica a la que vamos a llamar «Ellen» se presenta. Nada más normal, puesto que él la ha telefonado antes, concertando la cita, a la habitación donde tú y yo nos hemos conocido.

—Te entiendo muy bien, Ramsay. Sigue, por favor.

—Supongo que Emerson empieza a meterle mano a la nena, porque para eso están allí, pero la cosa acaba mal. Entra en escena un hombre y se produce un atraco. Emerson entonces, aterrado, da cuenta a la policía.

—¿Pero explica antes a Grover lo que ha pasado? Grover, al fin y al cabo, es el dueño de lo que hay en la caja fuerte asaltada.

—No sé si le avisa —murmuró Ramsay pensativamente—. Al menos no he visto la menor referencia de Grover en la denuncia que me enseñó la policía, lo cual parece indicar que Emerson compareció ante la bofia por su cuenta, sin preguntarle nada a

Grover. Y hay una razón para que no lo hiciera: seguramente lo estuvo buscando por teléfono, pero no lo pudo encontrar en domingo, y entonces el contable hizo lo que le pareció lógico hacer: ir a la policía.

—La reacción me parece perfectamente normal —explicó ella—, sobre todo si la policía no iba a contarle nada a la mujer de Emerson.

Ramsay encendió un cigarrillo y continuó:

—Bueno, pero las cosas anormales empiezan a suceder después. Emerson y su mujer son brutalmente asesinados. A mí mismo están a punto de trincarme. ¿Por qué? ¿Es una pura casualidad? ¿O hay relación de causa a efecto? Y si la hay: ¿Cuál es esa relación?

Eva se mordió el labio inferior con nerviosismo. Demasiado sabía ella que no podía contestar. Pero mirando a Ramsay fijamente dijo:

—La policía no sabe que tú descubriste el cadáver de Emerson. No has dicho nada hasta ahora.

—No, nada. Es posible que la bofia me relacione con esa doble muerte y entonces estaré metido en otro lío cada vez más gordo, pero por el momento no me voy a preocupar de eso. Le que quiero es averiguar algo, avanzar por este maldito camino donde no hay más que sombras.

Eva susurró:

—Yo te he contado todo lo que sé sobre Elena Bell, lo cual no encaja nada con su conducta posterior. Ahora necesitamos saber cosas de Emerson y del sitio donde trabajaba. Quizá por ahí se pueda sacar algún hilo que nos lleve al ovillo.

Era una propuesta razonable.

Ramsay dijo:

—Okay.

Y se dispuso a salir mientras le daba a la muchacha las llaves de su apartamento. Susurró:

—Supongo que, de momento, nadie te va a buscar allí. Instálate, ponte cómoda y espera. Estaré en contacto contigo.

Y Ramsay se largó.

Estaba justo en la puerta cuando sonó el teléfono otra vez. El dueño se acercó al aparato cubriéndose la cara con una toalla mientras decía:

—Lo hago por si es tu redactor jefe otra vez, leches...

Las horas que quedaban hasta el final de la jornada, las aprovechó bien Ramsay. Valiéndose de sus amistades y de la técnica periodística, que permite adivinar siempre el sitio donde se puede hurgar en la noticia, pudo recomponer en un tiempo *récord* un verdadero retrato de la auténtica personalidad de John Emerson. Muchos detectives veteranos de la Brigada de Homicidios no lo hubieran hecho mejor que él. Cuando empezó a oscurecer ya tenía una base que le permitía al menos presentarse en el imponente despacho de Grover.

También había necesitado dar tiempo al tiempo por una importante razón: oficialmente, él no podía saber que estaba muerto Emerson hasta que la radio y la TV dieran la noticia o la publicaran los periódicos. Y los periódicos de la tarde la habían publicado ya, además con bastante detalle. Eso permitió a Ramsay trazarse un plan de acción.

Se presentó en el Grover Building.

Grover tenía toda clase de negocios. Su imperio se extendía desde los inmuebles de alquiler en el Bronx hasta los chalets del condado de Meadow, desde las compañías de transportes privados a los fletes en los muelles de Hoboken. También tenía participación en restaurantes, supermercados y líneas aéreas de tino regional. No resultaba extraño que su contable jefe, John Emerson, ganase bastante dinero, aunque Ramsay había averiguado que parecía gastar bastante más de lo que ganaba realmente.

Por descontado que Grover tenía un soberbio despacho en el ático del edificio. Por descontado que tenía dos secretarias que antes habían sido «chicas del mes» en el *Playboy*. Por descontado que hizo esperar a Ramsay más de media hora. Por descontado que lo recibió con una mueca de asco.

—Usted dirá —gruñó, repantigándose en la butaca.

Era un hombre que bordeaba los cincuenta y cinco, pero fuerte y ágil porque debía tener tiempo para practicar el deporte mientras los otros chupaban mesa. Vestía con la elegante sencillez de los ricos de verdad. Su despacho estaba lleno de antigüedades caras y perfectas, tan estratégicamente situadas que acreditaban un buen gusto supremo. Y sí Grover no tenía buen gusto, lo había tenido en

cambio su decorador, que para eso estaba.

Ramsay humildemente, moviendo sus solapas como si se sacudiera la caspa:

—Lamento mucho lo de su contable, señor Grover. Mi sincero pésame.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por la prensa, naturalmente.

—Ejem... Es horrible, de verdad horrible... Agradezco su pésame, pero de todos modos he de aclarar que el señor Emerson no tenía ningún parentesco conmigo. Era un hombre de confianza y yo le apreciaba mucho, naturalmente... pero en el puro sentido laboral.

Y añadió cautamente:

—Debemos aceptar lo ocurrido como una de esas cosas sucias que ocurren en la sucia ciudad de Nueva York. Fuera de esto, no tengo más que decir. Y ahora le agradeceré que abrevie el motivo de su visita.

—Yo había hecho un seguro al señor Emerson —mintió Ramsay, con toda la cara dura.

Grover arqueó una ceja.

—¿Un seguro? —musitó—. No lo entiendo.

—¿Por qué no lo entiende, señor Grover?

—El tenía un seguro muy fuerte en la empresa. Mis hombres de confianza lo tienen todos, para cubrir cualquier contingencia. La beneficiaría era su esposa, aunque también ha muerto, por desgracia... En fin, lo que no entiendo es para qué necesitaba el pobre Emerson un seguro complementario.

—Pues lo tenía, y muy importante —siguió mintiendo Ramsay.

—¿De cuánto?

—Un millón de dólares.

—¡Demonios!...

—¿De cuánto era el de usted, señor Grover?

—Usted sabe que no puede hacerme esta pregunta. No le importa. Era un seguro elevado, como corresponde a la alta categoría de la empresa. Y ahora, si me lo permite..., me está usted haciendo perder el tiempo, señor Ramsay.

Iba a echarle de allí. Su cara se había vuelto roja. Grover era un tipo sanguíneo, impulsivo, de esos que te echan por la ventana si

hace falta. Pero Ramsay no perdió ni un instante la calma al decir:

—No le molestaré ni un minuto, señor Grover. Usted acaba de afirmar que apreciaba al señor Emerson.

—Claro que sí. ¿Y qué?

—En ese caso trate de ayudarlo, por favor. La póliza del seguro designaba a la esposa como beneficiaria, pero la esposa también ha muerto. Entonces se hablaba en la cláusula de «los parientes que designe la ley». Muy bien: ¿cuáles son los parientes que designa la ley, señor Grover? Mi compañía, la «Hermes», es muy cumplidora y desea ponerse en contacto inmediatamente con ellos para alejar la menor sobra de litigio judicial. Ahora bien, quizá usted sepa qué personas tenían parentesco con el pobre John Emerson. Si puede orientarme, cumplirá usted con un deber moral.

Grover se amansó un poco. Comprendía que podría sacudirse a aquel pájaro de encima con un par de palabras. Dijo encogiéndose de hombros:

—La verdad, yo soy un hombre que trata a mucha gente y no puede conocer las interioridades de todos. Emerson tenía su vida privada. Jamás me metí en ella.

—Quizá en los viajes que hacía visitaba a sus parientes —apuntó Ramsay, haciendo uso de uno de los datos que había averiguado.

—¿Qué viajes?

—Verá... Estamos entre hombres. Permítame un pequeño secreto, pero tengo la sensación de que Emerson engañaba a su mujer. En el más disculpable sentido de la palabra, se entiende... La engañaba sexualmente.

—No es cosa mía —dijo abruptamente Grover—. Váyase.

Pero no hizo ningún gesto para echarle. De algún modo le interesaba aquella conversación. Mientras se ponía un cigarro en la boca murmuró:

—¿Cómo sabe lo de los viajes?

—El mismo me lo dijo (en realidad Ramsay lo había averiguado en las agencias). Me explicó que su empresa, es decir usted, lo enviaba a muchos sitios del país, para lo cual contaba con un seguro muy generoso que la propia empresa pagaba. Veo que me dijo la verdad, porque usted mismo acaba de confirmarlo. Pero había otros viajes —me insinuó— que eran muy rápidos y al margen de la empresa. Para ellos quería estar asegurado igualmente. Por ciertos

detalles que Emerson me explicó, ya que llegamos a tener una cierta confianza, deduje que eran, por decirlo de algún modo, viajes de placer. Por ejemplo, ciertas fiestas del *Playboy* o del *Penthouse* que se organizan en grandes casinos. Un hombre que asista a ellas y esté dispuesto a gastar, puede llevarse a la cama a algunas de las chicas más bonitas de los Estados Unidos, las mismas que luego verá en la revista enseñándolo todo para que los otros pasen envidia. Con frecuencia, el señor Emerson se movió en esos ambientes, e incluso fue a Pasadena cuando en Pasadena funcionaba una casa de menores muy acreditada que luego la policía cerró. No, por favor... Le ruego que me comprenda. No estoy echando fango sobre la memoria del señor Emerson. Eso se lo explico a una persona totalmente discreta, como usted, que no lo va a repetir a nadie. Únicamente trato de averiguar qué beneficiarios tiene el seguro del señor Emerson, el cual llevaba una doble vida.

Grover había vuelto a enrojecer un momento.

Pero luego se fue calmando.

Con voz opaca dijo:

—No sé nada y nada me interesa.

—El señor Emerson manejaba bastante dinero...

—Tampoco me interesa.

—En fin, hágase cargo de que yo...

—Váyase, señor Ramsay.

Y se volvió a poner en pie, dando la sensación de que estaba dispuesto a echarle incluso a patadas. Ramsay hubo de contenerse porque con un par de guantazos hubiera podido enviar a Grover contra la ventana, pero tenía que seguir en su papel. Mientras a su vez se ponía en pie, musitó:

—Siento haberle molestado.

—Y yo siento que me haya hecho perder el tiempo, señor Ramsay. Nada de lo que me acaba de contar es asunto mío ni me interesa. Olvide que nos conocemos; será mejor. Buenas noches.

Y pulsó un timbre.

La secretaria *Playboy* acompañó a Ramsay hasta la salida de las oficinas privadas. Cuando Ramsay se encontró en la calle, había ya muy poca circulación. En la playa de estacionamiento que se extendía en un solar detrás del edificio, no se apreciaba ningún movimiento. Nueva York había adquirido esa dimensión nocturna

que la hace una ciudad distinta. Entre los coches estacionados allí no se captaba ni un soplo de viento.

Ramsay se dirigió hacia su tronado «Morris». No había averiguado gran cosa, pero de algo podía estar seguro: Emerson ganaba mucho más de lo que suele ganar un contable de su categoría, y al margen del hogar derrochaba el dinero a manos llenas. Y Grover no se había extrañado demasiado de eso; le había dado a Ramsay la sensación de que ya conocía aquello. Pero entonces, ¿qué pintaba Emerson en la organización? ¿Por qué le pagaban tanto?

La secretaria *Playboy* que le había acompañado hasta la puerta salió entonces del edificio y avanzó por la playa de estacionamiento. Sobre sus altos tacones, el cuerpo se movía majestuosamente. Dos aberturas en los costados de la falda insinuaban a cada paso sus soberbias piernas.

Apenas miró a Ramsay; se limitó a saludarle con una lejana cortesía. Entró en un último modelo de «Lotus» que estaba estacionado muy cerca del tronado «Morris».

Mientras el periodista iba a abrir la portezuela, ella puso en marcha el «Lotus». O al menos intentó hacerlo. El motor se ahogó.

Ramsay dijo, todavía en pie, sin entrar en el «Morris»:

—Esos carburadores tan perfectos son a veces los peores. Cuando se ahogan no hay modo de hacerlos funcionar. Un amigo mío tenía un «Maseratti» y se pegaba a veces unos sustos increíbles.

Ella dio al demarré otra vez, pero no consiguió más que agravar la cosa. Con un gesto de contrariedad murmuró:

—Lo malo es que tengo prisa. Me están esperando para una cena.

—Quizá yo pueda ayudaría. Esos coches tienen un «toque». A lo mejor hay suerte.

—Pruebe si quiere —dijo ella con indiferencia—, pero lo malo es que no puedo perder tiempo. Ya voy muy retrasada.

Y salió del «Lotus» con un gesto de fastidio. Cuando una se gasta una fortuna en un coche de éstos —o hace que un hombre se la gaste— tiene derecho a esperar que no le falle nunca. Ramsay se sentó ante el volante y probó sin dar gas, con un leve golpe de demarré, sólo para captar el sonido. Inmediatamente se dio cuenta de que aquello podía ser largo. Los coches de alta precisión tienen que ser

manejados como aparatos de relojería.

La chica murmuró:

—Llamaré un taxi.

—No. Espere.

—¿Tiene usted alguna idea mejor?

—Puede ir en mi coche. Bueno... si no le da vergüenza.

—Para acompañarme a mí hace falta al menos un «Jaguar» —dijo ella con un evidente mohín de desprecio—. No «esto».

—No es un truco para acompañarla —susurró Ramsay—. Le dejo las llaves de mi «bólide» y usted va con él adonde tenga que ir. Mientras tanto pongo en marcha éste, para lo cual necesitaré, supongo, unos diez minutos, y se lo dejo en el sitio que usted me indique. Así no pierde tiempo y no tiene problemas. Ah... Le aseguro que no trato de hacer el petardo dando un paseo con un «Lotus». Esta clase de coches tan rápidos no me gustan.

—De acuerdo, es una oferta razonable —aceptó la secretaria, con gesto de reina que se deja besar la mano—. Puede dejarlo en la entrada principal del «Lincoln Center». El conserje lo aparcará.

Y se introdujo en el «Morris» procurando no mancharse. Durante un momento pareció preguntarse si iba a necesitar desinfectante o no. Al fin metió primera y se fue.

Enfiló la recta que llevaba a la salida del «*parking*».

Dio gas.

Y en ese momento se desató el infierno.

Ramsay, pese a encontrarse a alguna distancia, dio un salto dentro del «Lotus» mientras todo temblaba en torno suyo.

Vio la enorme llama roja.

Y lanzó un grito de horror.

Los ojos se le salieron de las órbitas.

Porque tuvo la sensación de que al «Morris» lo habían alcanzado al menos con un «bazooka». Quedó completamente pulverizado. Se convirtió en pavesas. Desapareció.

En fracciones de segundo, la maravillosa secretaria *Playboy* quedó convertida en una momia llameante.

Pero no fue eso lo peor.

Con la segunda explosión del «Morris», la cabeza de la mujer salió despedida por el hueco del parabrisas.

Y se abrasó en mitad del asfalto, mientras su boca aún se

contraía en una espantosa mueca.

CAPÍTULO V

El cerebro de Ramsay quedó completamente en blanco.

Hay momentos en que ni el propio diablo pensaría.

Y Ramsay no supo si había pasado una eternidad, si había pasado un segundo, si él mismo no había entrado también en el infierno. Pero una lucecita se empezó a encender y apagar rabiosamente en el fondo de su cerebro: los que dispararon el «bazooka» no se dieron cuenta de que era la chica la que iba dentro del «Morris». El muerto tenía que haber sido él... ¡El!

Sus ojos miraban alucinados la cabeza llameante de la chica.

Nunca había visto una escena tan horrible y supo además que nunca volvería a verla. Sus nervios se rompieron como cuerdas de guitarra demasiado tensas, pero eso no le impidió reaccionar.

Porque al salir despedida del coche la cabeza de la chica, los asesinos se habrían dado ya cuenta de su terrible error. Y vendrían a por él. Y el próximo objetivo del «bazooka» sería... ¡el «Lotus»!

¡Estaba perdido si no se movía a tiempo!

Por eso saltó. Vio entonces a un hombre que venía hacia él desde la salida del *parking*. Llevaba un elegante traje cruzado, tenía pinta de esbirro y sostenía entre sus manos una metralleta «Stein».

Ramsay lo distinguió a unos quince pasos.

El otro le distinguió a él. Alzó el arma con un gesto instantáneo, mientras su boca se curvaba en una mueca.

Ramsay no tenía tiempo de nada. Bueno... En cierto modo sí que tuvo tiempo. Hizo lo más horrible que había hecho en su maldita vida. Y en el mismo momento de moverse sintió una náusea de sí mismo.

Dio un puntapié a la cabeza llameante de la secretaria. La convirtió, por decirlo así, en un balón de fútbol. En una especie de esférico que iba... ¡recto a la cara del hombre de la metralleta!

Este jamás se había encontrado tampoco ante una situación tan

macabra. Todo fue visto y no visto. Sucedió como en un soplo. De pronto, cuando estaba apretando el gatillo, la cabeza llameante se desplomó sobre él.

Era imposible hacer puntería en aquellas circunstancias, sobre todo porque Ramsay ya se había arrojado a tierra. La ráfaga loca de la metralleta pasó por encima de su cuerpo mientras él sacaba la «Luger».

El gorila se había sacudido ya la cabeza, con un gesto de indefinible asco. Lanzando un grito de muerte avanzó hacia Ramsay, mientras barría el suelo con el fuego de su «Stein».

Y de pronto pareció haber chocado con el propio aire. Su cuerpo se detuvo en seco. Soltó el arma mientras su grito de muerte se transformaba en una especie de rugido gutural.

La bala de la «Luger» le había penetrado entre las cejas.

Dio un extraño brinco en el aire, al tiempo que un coche negro, seguramente un «Dodge», llegaba lanzado a gran velocidad. Encontró en su camino el cadáver y el conductor no pudo frenar a tiempo. Se oyó un chirrido de frenos mientras el cuerpo era despedido por los aires.

Por lo que pudo ver confusamente Ramsay, tres hombres iban en aquel coche. Uno era el conductor, y los otros dos, ocupando el asiento posterior, manejaban un «bazooka». Iban a por Ramsay con verdaderas armas de guerra. Nunca Ramsay había merecido tal honor.

Se dio cuenta de lo que iba a suceder.

Los ojos se le habían salido de las órbitas, pero ahora su cerebro razonaba con una claridad siniestra. Sintieronse completamente seguros de su impunidad, aquellos tipos iban a llegar hasta el fin. Por lo tanto no le quedaba otro recurso que ser más rápido que ellos... ¡o morir!

Saltó sobre el capó del «Lotus».

Resbaló materialmente por él. Parecía recién encerado y era suave como las escamas de un pez. Fue eso lo que le salvó, aunque él no se diera cuenta, porque se encontró inmediatamente al otro lado del «Lotus», y en parte protegido por una gruesa plancha, cuando caso de estar sobre el capó hubiese quedado pulverizado en un momento.

Porque el segundo disparo del «bazooka» fue hacia allí. Sus

enemigos no iban a vacilar ahora. Con la sensación de una pesadilla vivida en el fondo del infierno, Ramsay se encontró patinando bajo las ruedas de un «Ford» en el momento en que el «Lotus» se convertía a su vez en una bola de fuego. Alcanzado de lleno, se partió en cinco pedazos. Algunas esquirlas llameantes fueron a la cara de Ramsay.

Los dientes de éste rechinaron mientras sujetaba la «Luger» con la fuerza que da la desesperación. Su cerebro, que a pesar de todo funcionaba como una pieza de relojería, le hizo comprender que tenía una sola ventaja: sus enemigos creían que él se estaba abrasando vivo dentro de la bola de fuego.

Y disponía de unos segundos para sacarles de su error. El coche negro frenó de pronto al llegar al fondo del *parking*, intentó girar en un reducido espacio, patinó sobre dos ruedas y se estrelló contra una serie de motos «Harley Davidson» que estaban aparcadas en batería junto a la pared. Dos de ellas salieron brutalmente despedidas mientras una rueda suelta volaba por los aires.

El conductor logró hacerse inmediatamente con el dominio del coche, pero ya habían transcurrido casi cinco segundos cuando lo enderezó de nuevo, y cinco segundos pueden ser una eternidad. De pronto apareció Ramsay al lado del «Ford», sujetando la pistola con ambas manos.

Sus dos brazos eran como palancas de metal. Los dedos crispados dispararon frenéticamente.

Y el conductor vio cómo en una alucinación aquella serie de agujeros redondos en el parabrisas antes de que uno de los plomos le estallase en plena cara. Ya no llegó a oír el terrible estampido del coche cuando se estrelló contra la bola de fuego del «Lotus».

Ramsay guardó el arma.

Se movía como un alucinado. Tenía la sensación de que el que estaba haciendo todo aquello era otro, no él. Pero su cerebro seguía trabajando con la frialdad de una máquina y comprendía que sólo le quedaba un recurso: salir cuanto antes de allí.

¡Si encontrara a un agente de la ley! ¡Si pudiera explicar lo que pasaba! Porque era muy posible que otros gorilas le aguardaran en la oscuridad del *parking*. Si al menos le veían junto a un policía... ¡no se atreverían a atacar más!

Tuvo suerte. Distinguió a uno de esos enormes irlandeses de dos

metros que tanto respeto infunden en las calles de Nueva York. El tipo uniformado de azul venía hacia él. Llevaba en la derecha su revólver reglamentario.

Ramsay, por su parte, no llevaba ningún arma en las manos. Era en aquel momento la estampa del ciudadano inofensivo que pide ayuda. Y para acentuar aún más aquella sensación sonrió con alivio, aunque él mismo no llegó a darse cuenta de eso.

—Amigo —dijo—, menos mal que lo encuentro a usted. Estaba a punto de...

Y en aquel momento se detuvo.

Tenía las manos ligeramente alzadas.

Pero por su cerebro pasó el rayo.

No, no podía ser.

Y, sin embargo, «era». Porque el policía había levantado el revólver hacia él. ¡E hizo fuego!

Si en aquel momento Ramsay hubiera sido capaz de pensar, habría llegado a la conclusión de que aquél no podía ser un maleante disfrazado de policía. El tipo del gorila irlandés al servicio de la ley es tan inconfundible que ni la banda mejor organizada hubiese encontrado un ejemplar como aquél para dar el pego. Y sin embargo... ¡Le iba a enviar al infierno! ¡Estaba disparando!

Fue el instinto de Ramsay lo que le permitió adivinar la intención de aquel hombre un segundo antes de que apretara el gatillo y ladearse a tiempo de esquivar la bala. Normalmente no hubiera podido conseguirlo, pero le ayudaron dos cosas en aquel terrible momento:

En primer lugar, el extraño policía había hecho fuego con la excesiva seguridad de los que saben que van a acertar. Eso le impidió poner los cinco sentidos en lo que estaba haciendo.

En segundo lugar, aquel hombre no le disparó al centro del cuerpo. Caso de hacerlo, difícilmente hubiese fallado a pesar de todo. Le quiso alcanzar en una de las piernas, y eso fue lo que Ramsay movió con más rapidez.

Chocó con uno de los coches. Estaba tan asombrado que no entendía nada, absolutamente nada. Pero eso no le impidió moverse antes que aquel gigante que quería enviarle al Valle de Josafat.

De pronto se encontró dando en el aire una vuelta sobre sí mismo. Quedó en parte protegido por el maletero del coche. El

policía disparó de nuevo y la bala se llevó por delante la antena de la radio, casi junto a la cabeza de Ramsay.

Ahora a éste ya no le quedó ninguna duda de que el policía era un pistolero disfrazado, por absurdo que pareciese. Sin pensar en nada más, porque el tiempo de pensar había pasado, volvió a correr como un gamo hacia la otra salida del *parking*. Y tuvo suerte por segunda vez.

Bueno, por primera vez. La otra había sido un mortífero engaño. Pero ahora estaba absolutamente seguro de no confundirse, porque el coche que le cortaba el camino era un coche de la bofia. Los distintivos estaban superclaros, los hombres uniformados iban dentro. Ramsay se acercó con los brazos ligeramente alzados mientras decía con otra sonrisa de alivio:

—Menos mal... Hace un momento he estado a punto de volverme loco...

Y enseguida se volvió loco de verdad. Porque uno de los policías que asomaban por la ventanilla dijo con voz helada:

—Sí, macho.

Y abrió fuego.

Otra vez el cerebro de Ramsay era una especie de esponja; otra vez tenía la sensación de que acababa de descender a los infiernos. Porque si increíble era lo que le había ocurrido poco antes, mucho más increíble era lo que le estaba ocurriendo ahora.

Sus músculos se movieron solos.

Ramsay ya no tenía voluntad. Era su cuerpo el que obraba como si no le perteneciera. Y fue eso lo que le salvó de nuevo, porque su salto fue el más pasmoso y ágil que había dado en toda su puñetera vida. Pero hubo de reconocer que también le había ayudado una circunstancia increíble dentro de aquella situación increíble: el hombre de la bofia acababa de dispararle a las piernas, no al centró del cuerpo, y eso permitió a Ramsay escapar con sólo una rozadura.

Pero la quemadura de la bala hizo que su salto se repitiera con una agilidad que hubiese envidiado un gato montés. Rodó como un fardo entre las «Harley Davidson» mientras oía que el coche de la policía se ponía en marcha bruscamente. El chirrido de las ruedas le indicó que giraba y que venía a por él.

Además oyó las voces.

—¡Que no escape!

—¡Dispara otra vez, idiota!

Ramsay se lo jugó todo a una carta. Sabía que no podía elegir, pero contaba con la ventaja de que sus enemigos necesitaban hacer maniobrar el coche y eso les haría perder casi medio minuto. Si él lograba montar una de aquellas poderosas máquinas y además deslizarse entre las sombras... ¡Le sería posible huir! ¡Podría escapar de aquella situación sin sentido, pero que le hacía pensar en el infierno!

Porque hay algo tan angustioso como la propia muerte: no entender de dónde viene y por qué. Y Ramsay, en este momento, no entendía nada, absolutamente nada, pero estaba dispuesto a dejarse llevar por el instinto. Y fue el instinto lo que le hizo saltar sobre la «Harley», que no estaba asegurada con ninguna cadena (pues en teoría el *parking* debía estar vigilado), y ponerla en marcha.

Oyó de nuevo las voces.

—¡Por allí!

—¡Cuidado!

La moto rugió.

Ramsay hizo una finta terrible para esquivar un coche que parecía venir encima suyo y que le deslumbró con los faros. De pronto se dio cuenta de que casi volaba sobre una sola rueda y de que estaba saliendo del *parking*. Vio una especie de casilla iluminada ante sus ojos.

No se dio cuenta de que era una cabina telefónica hasta que la tuvo encima. Le dio un golpe tremendo con el salvapiernas y lo dobló mientras toda la cabina temblaba. Ramsay perdió el equilibrio, patinó de flanco hacia una pared, logró enderezar la máquina y salió hacia la calle como una exhalación. A su espalda le pareció oír, como en una infinita lejanía, la sirena del coche de la bofia.

¡Por lo tanto no eran unos impostores! ¡Se trataba de policías de verdad! ¡Hacían sonar la sirena y todo!

Otra vez el cerebro de Ramsay se convirtió en una especie de esponja inútil. Otra vez dejó de funcionar. Sólo brillaba en su fondo una especie de lucecita.

Y esa lucecita le decía a Ramsay que tenía que darse prisa. No sólo él estaba en peligro.

También lo estaba Eva.

Pero lo peor era que no entendía por qué.

El hombre llamado Wilhelm acababa de descender del avión de Toronto, en el aquella mañana tranquilo aeropuerto de Newark. Llevando un solo maletín, luciendo una sonrisa satisfecha y mostrando en todas partes su aspecto de hombre importante y que sabe lo que se hace, pasó el control de pasaportes y se dirigió a una de las cabinas telefónicas de la gran sala de espera. Desde allí disco un número privado de un despacho de Manhattan. Al otro lado del río alguien pareció darse cuenta inmediatamente de que era él, porque dijo con voz pastosa:

—Te has retrasado, Wilhelm.

—El avión de Toronto acaba de llegar.

—De acuerdo; no pierdas tiempo.

—¿Debo ir ahí?

—Enseguida. Imagino que no has comentado con nadie que venías a Nueva York.

—No. Con nadie.

—Es lo que esperaba. Ahora alquilarás inmediatamente un coche y te dirigirás a mi despacho sin perder un minuto. Obra con la naturalidad de un perfecto hombre de negocios. Podría enviar a alguno de mis hombres para que te recogiera, pero prefiero no utilizarlos por si alguien les controla. Hasta ahora, Wilhelm.

—Hasta ahora.

Wilhelm colgó. Una leve mueca de preocupación borró la sonrisa optimista de su rostro, pero no le hizo perder aquella expresión de suficiencia de hombre que sabe lo que quiere.

Alquiló un coche. Le dieron las llaves y le indicaron que una azafata se lo entregaría en la playa de estacionamiento. Wilhelm fue allí y de pronto quedó boquiabierto, con la lengua seca.

Menuda tía...

Qué mujer tan increíble habían elegido para aquel trabajo... Qué líneas... Qué sonrisa..., qué..., qué culo...

Porque todo hay que decirlo. Donde esté un buen culo ya se pueden borrar todas las sonrisas, aunque si coinciden las dos cosas mejor que mejor. Ésa era al menos la filosofía que acerca de las mujeres tenía Wilhelm, Ella musitó:

—Su coche, señor.

—Gracias... ¡Ejem!... Muchas gracias. ¿Hace tiempo que trabaja

en esta compañía?

Ella no contestó. Como si no le hubiese oído, dijo con la mejor de sus sonrisas:

—¿Puedo pedirle un favor, señor?

—Claro que sí, nena... Lo que quieras. Aquí está Wilhelm para que pidas por esa boca.

—Se trata de algo muy sencillo. Verá... Si pudiera dejarme a la salida del Lincoln Tunnel me haría usted un gran servicio. Eso suponiendo que vaya a Manhattan, claro. No puedo utilizar un coche de la compañía porque tenemos reservados todos los que quedan. Esta mañana ha habido mucho movimiento.

—¿Llevarte a Manhattan? Claro que sí, preciosa. A la salida del Lincoln Tunnel y a la entrada de otro túnel que me sé yo. Hala, sube.

Ella subió. A la muy maldita no le importó mostrarle las piernas hasta arriba. Echó un poco el cuerpo hacia atrás y los poderosos senos por poco salen fuera después de reventar la blusa.

Además, llevaba unas medias preciosas.

Y no parecía tener el menor inconveniente en enseñarle hasta el color más íntimo de sus braguitas.

Wilhelm no perdió tiempo. Terreno conquistado.

Le metió mano directamente en los muslazos de campeonato mientras sacaba con la izquierda el coche de la playa de estacionamiento y preguntaba:

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—María Ángeles.

—Es un nombre extraño para una chica de Nueva York.

—Mis padres eran argentinos.

—Hum... O sea que hablas el español.

—Bastante bien, señor.

—Perfecto... Andas adelantada de español.

—Claro que sí, señor.

—¿Y cómo andas de vicios franceses?

Ella sonrió.

—Conozco algunos —dijo.

Y paseó suavemente la lengua por el borde de sus labios pulposos, en una caricia que dejó mudo a Wilhelm.

Éste pensó: «¡Infiernos, hoy es mi día de suerte! ¡Esta chica es un

verdadero terremoto! ¡Lo que vamos a hacer en la cama!».

Pero con gesto de suficiencia dijo, sin querer demostrar su excitación:

—Además de los que tú sabes, te enseñaré otros.

—Claro, señor. Una chica decente siempre tiene que aprender cosas. Hay algunas muy interesantes...

Los dedos de Wilhelm se crisparon sobre aquellos muslazos. El deseo rabioso hizo que se le nublara la vista. Pero no se le nublaron los oídos, o al menos no se le nublaron lo suficiente para no oír aquella voz masculina que asomaba a su espalda, en el asiento posterior:

—Conduce suavemente hacia la derecha. Métete ahora mismo en aquel camino lateral, muñeco. Porque supongo que quieres vivir.

Y el cañón helado de un revólver se clavó en su sien izquierda.

CAPÍTULO VI

Ramsay metió primera en el coche alquilado con nombre falso. Procurando conducir con naturalidad, casi se cruzó con el coche patrullero que llegaba por el camino lateral, a buena velocidad, pero sin querer llamar la atención. Por eso no hacía sonar las sirenas.

Eva, que iba a su lado, musitó:

—Tenías razón.

—Ésos vienen a por nosotros. Estaba seguro de que no tardarían en localizarnos en ese motel.

Giró el volante y dejó atrás el coche patrullero, que no se había fijado en ellos. Evitaba mirar a la chica, pero notaba la tensión de ésta en el pliegue de sus labios.

Mantuvieron un tenso silencio durante varios segundos hasta que ella susurró:

—¿Adónde vamos a ir ahora, Ramsay?

—A otro motel.

—¿Tú crees que no nos atraparán?

—Tardarán varias horas, un día entero quizá, y eso nos da un respiro. Tal vez, mientras tanto, logre averiguar alguna cosa.

—Cuando me sacaste a toda prisa de tu apartamento para huir los dos no te entendí, Ramsay, pero ahora me doy cuenta de que tenías razón. Es la propia policía la que nos persigue por todas partes.

—Cierto. Y no entiendo por qué.

—Tampoco entiendo que te dispararan de esa manera... ¿qué tal la pierna?

—La nuevo mejor.

—Estuviste de suerte, Ramsay.

—Cuando uno no entiende nada, ya no sabe si está de suerte o está de desgracia, Eva. Lo único que te digo es que me volveré loco

si no acabo pronto con todo esto. Y lo peor es que no puedo dejarlo.

—¿Por qué no? ¿Qué te costaría llamar a la Brigada de Homicidios y decir que vas a entregarte, pero con ciertas garantías? ¿O hacer antes un pacto con el propio Fiscal del Distrito?

Ramsay negó con la cabeza.

—Si me entrego, no averiguaré nada —dijo—. Necesito la libertad para llegar hasta el fondo de todo esto. Y he de hacerlo por una razón que tiene sencillamente un nombre: un nombre de mujer.

—¿Cuál?

—Annie Robles.

—¿La chica a la que mataron junto a Sullivan?

—Sí.

—¿Estás decidido a vengarla?

—Aunque sea lo último que haga en esta cochina vida. No quiero que su padre se vaya al otro mundo sin saber al menos que los que hicieron lo de Annie lo han pagado bien.

Eva entornó los párpados.

—Te entiendo —dijo con un hilo de voz—. También yo estoy aquí por un nombre de mujer: por Ellen. También quiero vengarla. También estoy decidida a llegar hasta el fin cueste lo que cueste.

Ramsay perdió su mirada en el vacío.

Estaban en la autopista de Baltimore.

Los moteles de buena calidad se alinean allí uno a poca distancia del otro, para dar alojamiento a los viajeros que piensan ir lejos y a los que no piensan ir a otro sitio que no sea la cama. Ramsay pensó que cualquiera de aquellos moteles era un sitio tan bueno como cualquier otro para pasar desapercibidos veinticuatro horas. No confiaba en pasar desapercibido mucho más tiempo, porque sabía que la policía estaba tras sus huellas.

¿Pero por qué?

¿Qué tenían contra él?

Las dudas se amontonaban en su cerebro, que ya parecía incapaz de pensar. Aunque de todos modos estaba clara una sola cosa: él se había metido en algo que no le interesaba a Grover, y Grover quería acabar con él. Los que trataron de acabar con él en el *parking* eran sin duda gorilas del millonario, el cual debía estar completamente seguro de su impunidad, pese a los salvajes métodos empleados. ¿Por qué? Porque nunca encontrarían pruebas contra él. Porque los

que mataban siempre eran otros, quizá asesinos llegados de alguna lejana ciudad.

Grover sabía que había fallado el golpe, pero lo repetiría. Ramsay estaba ahora entre dos fuegos y a cada minuto que pasaba le iba a ser más difícil escapar. Lo sabía.

Por eso había corrido desde el *parking* a su apartamento, para que Eva le hiciese una primera cura en la rozadura de la pierna y luego largarse los dos de allí. Si Grover se enteraba de dónde vivía —cosa muy fácil— y enviaba allí a sus gorilas, éstos acabarían con Eva también.

Por eso cambiaban de alojamiento continuamente, convirtiéndose en fugitivos sin esperanza. Llevaban así no sabían cuántos días. Había momentos en que tenían la sensación de que, desde que aquello empezó, habían transcurrido meses.

Ramsay estaba acabando todo su dinero y sabía además que no iba a poder volver al *New York Times*, de modo que dentro de poco se habría convertido en un muerto de hambre: Pero no le importaba por la sencilla razón de que antes se moriría de otra cosa mucho más rápida.

Las mujeres, sin embargo, tienen un sentido mucho más práctico. Fue Eva, cuando los dos estaban en la cama con la mirada perdida en el vacío, la que susurró:

—Deberías llamar. —¿A quiénes?

—Al periódico. Lo más fácil es que con lo que estás haciendo encuentres una bala, pero también podrías encontrar un gran reportaje. Si vives, tendrás cosas que contar, y esas cosas serán de un gran valor para tu periódico. ¿Por qué no les hablas? ¿Por qué no les dices que estás tras el reportaje de tu vida?

—Porque sería mentir. No estoy detrás de nada, excepto detrás de mi propio entierro.

—También tu entierro puede ser noticia, Ramsay.

El rió sin ganas. Sí, claro que podía ser noticia. No todo el mundo está en situación de vender su propio entierro. De modo que descolgó el teléfono y llamó a Nick, su redactor jefe. No pensaba decirle desde dónde, para que el otro no cometiera una indiscreción.

Nick debía sentir ya un asco tan profundo hacia él que ni siquiera se alteró al oírle. Un sapo le hubiera causado el mismo

aburrimiento que le causaba Ramsay. Lo único que le dijo fue:

—Nada tienes que hacer aquí. No vuelvas a llamar.

—Tengo noticias, Nick.

—Dáselas al *Washington Post*. A lo mejor se las creen.

—Naturalmente que se las creerían. He empezado esto completamente al margen del periódico, pero la verdad es que estoy detrás de la noticia más importante de mi vida. Dentro de poco tendrás un reportaje increíble, Nick. Dame una oportunidad.

Ramsay estaba diciendo aquello solo por complacer a Eva, pero la verdad era que, en aquellos momentos, el *New York Times* le importaba poco. Y aún le importó menos cuando Nick masculló:

—Supongo que te refieres a algo que esté relacionado con lo de Emerson. Muy bien... Lo que se relaciona con Emerson también se relaciona con Grover, aunque ese tipo está demasiado alto incluso para nosotros. Si publicamos una sola palabra acerca de él, sus abogados se nos echarán encima de tal modo que el director prefiere no buscarse líos. Pero ocurrieron cosas increíbles en la playa de estacionamiento que está detrás del Grover Building y tú no dijiste ni una sola palabra. ¿Por qué?

—No podía, Nick.

—¿Por qué no podías?

—Iban a por mí. Van a por mí.

—Espero tener la suerte de asistir a tu entierro, Ramsay. Empezaré por decirte que no creo ni una palabra. Si te preocuparas realmente del asunto me habrías ampliado detalles sobre la llegada de Wilhelm, que representa los intereses de Grover en el Canadá. Los periódicos no han publicado nada porque la policía ha pedido que la noticia se retenga cuarenta y ocho horas, pero dentro de la profesión se sabe lo que pasó. Wilhelm llegó el sábado a Newark e inmediatamente le atracaron. Apareció sin sentido junto a una carretera, con la cabeza medio partida por un culatazo y sin dinero ni documentación. Le fastidió tener que contárselo a la policía, pero no pudo evitarlo porque fue la propia policía la que lo encontró. Lo increíble fue la clase de mujer que le metió en la encerrona.

—¿Qué clase de mujer? —preguntó Ramsay, dándose cuenta de que estaba en *Orsay*. Era lo menos que le podía pasar después de varios días en los que no había podido preocuparse de lo que no fuese huir.

—La misma que denunció Emerson —musitó Nick—. La descripción concuerda perfectamente. Y ahora vete a la mierda.

En el periódico colgaron. Ramsay se quedó mirando el auricular como si aún no entendiese nada.

Pero unas gotitas de sudor resbalaban ahora por su frente.

¿Era posible?... ¿Otra vez Elena Bell?

No podía creerlo. Cuando colgó el teléfono, Eva la estaba mirando fijamente. También en la piel de la muchacha habían aparecido unas gotitas de sudor. Como si adivinara sus pensamientos preguntó:

—Una pista de Ellen, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

—¿Otro atraco?

—Sí.

—No tiene sentido, Ramsay. Si ella estuviera viva se habría puesto en contacto conmigo... ¡Ha tenido mil ocasiones para hacerlo! ¡Por eso pienso que está muerta! ¡Muerta desde hace mucho tiempo! ¡Muerta!

Había caído a los pies de la cama y lloraba silenciosamente. Ramsay pensó que pocas mujeres encontraría en el mundo capaces de arrastrar tantos peligros por una simple cuestión de gratitud. Pero intentó alejar aquellos pensamientos para preguntar suavemente:

—¿Qué día es hoy, Eva?

—Lunes.

—¿Es posible?...

—Llevamos varios días huyendo sin parar, Ramsay. No es nada extraño que hayamos perdido la noción del tiempo.

—Lunes... Es curioso. Hoy hace justamente una semana que mataron a Emerson y a su mujer.

—¿Qué estás pensando?

—No, nada...

Pero no era verdad. Ramsay daba vueltas a una idea, y esa idea tenía el nombre de Wilhelm. No se la quitaba de la cabeza.

Eva se había puesto en pie como una sonámbula. También ella parecía tener una idea metida en la cabeza, una idea que no la dejaba vivir. Como si hablara consigo misma, susurró:

—Claro que, de todos modos, podría averiguarlo.

—¿Averiguar qué?

—Si Elena Bell está muerta.

—Si tienes algún medio para averiguar eso y salir de dudas, podías haberlo pensado antes, Eva. ¿Pero a qué demonios te refieres? ¿Y en quién estabas pensando ahora, si es que pensabas en alguien?

—En una mujer llamada Priscille.

—¿Quién es Priscille?

—Una embalsamadora de cadáveres, Ramsay tragó saliva.

—No empieces a volverme loco, Eva. ¿Quieres decir que Priscille embalsamó el cadáver de Ellen? Entonces todo estaría clarísimo. Podrías haber tenido hace mucho tiempo la certeza de su muerte.

—No quiero decir que Priscille embalsamara el cadáver. Ni siquiera es fácil que lo viese. Por eso no se me ha ocurrido pensar en ella hasta ahora, porque en este momento me doy cuenta de que quizá ella puede saber algo. Priscille, embalsamadora de cadáveres por cuenta de una de las más caras funerarias de Nueva York, fue durante un tiempo vecina de Elena Bell. Intenté verla al principio, pero había desaparecido. ¿Y si probara otra vez?

—Depende de adonde haya que ir.

—A Long Island City.

—Es posible que no logren localizarnos, si viajamos en autobuses de línea. Vamos a intentarlo. Estoy de acuerdo contigo en que hay que probarlo todo.

Salieron los dos del motel y regresaron a Nueva York en uno de los autobuses de la «Greyhound». Podían estar casi convencidos de que la policía no daría con ellos, pues era imposible controlarlo todo. De modo que llegaron a la estación terminal sin problemas y desde allí se dirigieron a Long Island City.

Las casas con pequeños jardines delante se alineaban en la calle Ocho. Eran viviendas apacibles, sosegadas, que estaban lejos del bullicio de Manhattan, pese a encontrarse físicamente tan cerca. En una de aquellas casas, según le dijo Eva, había vivido Elena Bell.

—Cuando vine por primera vez, en la casa ya vivían otras personas —explicó ella—. El dueño la había alquilado de nuevo y nadie me quiso dar explicaciones acerca de Ellen. Su vecina, Priscille, había desaparecido también; al parecer, había emprendido un viaje. A nadie le extrañaba esa desaparición, porque tenía un

poco fama, de loca.

—¿Y ahora crees que habrá vuelto?

—Es posible; hay que probar.

No, aquella extraña mujer llamada Priscille no había vuelto. Un jubilado que ocupaba ahora la casa dijo, sin embargo, tener alguna noticia acerca de ella. Había oído decir que la trasladaron al manicomio de Eiscott, porque sus anormalidades se habían acentuado en los últimos tiempos. Al parecer, como si la visitaran por la noche todos los muertos que había embalsamado en su existencia, lanzaba alaridos y sufría terribles pesadillas.

Ramsay y la muchacha se miraron.

—Eiscott —dijo él.

Había que probar. Seguir probando siempre...

Eiscott está en Jersey City, o sea en el estado vecino. Llegaron allí a media tarde, cuando el tráfico ya había descendido. La clínica mental apareció ante sus ojos como un lugar apacible, rodeado de árboles, por cuyos jardines paseaban los enfermos silenciosamente. Parecían gente tranquila, aunque la gran cantidad de forzudos enfermeros que se mantenían cerca indicaba que algunos de ellos debían tener de vez en cuando ataques frenéticos.

El director les miró tras sus gruesas gafas, que protegían unos enormes ojos de pez.

—Priscille, la embalsamador... —musitó—. Sí, la recuerdo muy bien. Claro que la recuerdo muy bien... Priscille Jackson. Entró aquí porque sufría alucinaciones, y creo que la llegamos a curar, pero cuando ya iba a disponer del alta sufrió un ataque cardíaco. En el Registro Civil del condado podrán ver su certificado de defunción. Era una mujer muy agradable, cuya muerte sentimos todos, se lo aseguro.

—¿Qué clase de alucinaciones sufría? —preguntó Eva, que se había presentado como lejana pariente suya.

—De toda clase. Alucinaciones más bien siniestras, diría yo... No son extrañas en una persona por cuyas manos han desfilado tantos miles de cadáveres. Pero había una alucinación que se repetía con frecuencia: figura en su ficha y yo la he estudiado muchas veces. Era la alucinación en la que veía un cuadro de Ingres —mejor dicho, la reproducción de un cuadro de Ingres— manchado de sangre. Era eso lo que la ponía más fuera de sí. Teníamos que

aplicarle los calmantes más fuertes, y ni aun así se tranquilizaba.

Eva se mordió el labio inferior.

—El cuadro de Ingres, ¿representaba una mujer con un niño? —bisbiseó.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo había estado varias veces en el apartamento de Priscille, en Long Island City.

—Ah, ya entiendo. Pues sí, se trataba de un cuadro en el que aparecían una mujer y un niño. En sus pesadillas, Priscille lo veía siempre manchado de sangre. Nos costó mucho arrancarle esa imagen de la cabeza, pero al final lo conseguimos. Lástima que no nos sirviera de nada...

Eva tendió su mano derecha al médico.

Aquella mano temblaba.

—Gracias —dijo—. Ha sido muy amable... No sabe usted cómo siento lo de Priscille. Y se fueron los dos.

Eva tenía al salir una mirada de alucinada, como si ella fuera también una de las pacientes del sanatorio.

—Dios mío... —balbució.

—¿Qué ocurre, Eva? ¿Por qué te has puesto tan nerviosa cuando el médico ha citado esa pintura?

—Porque no estaba en el apartamento de Priscille.

—¿Pues dónde estaba entonces? Por todos los demonios, ¿dónde estaba?

—En el de Elena Bell. Yo lo había visto muchas veces allí. He dicho al médico que estaba en el de Priscille para no desviar la conversación, pero estaba en el de Ellen. V si Priscille lo vio manchado de sangre a raíz de la desaparición de mi amiga... ¡es porque la habían asesinado! ¡Ahora sí que puedo tener la absoluta convicción de que Ellen ha muerto! Pero eso también tiene que saberlo la policía, no hay duda... ¿y por qué no ha intervenido? ¿Por qué un policía disparó contra ti sin motivo. Ramsay? Todo esto... ¿Por qué?

CAPÍTULO VII

Ramsay decidió jugárselo todo a una carta. Ahora ya no podía vacilar. Sabía que Elena Bell estaba muerta, pese a lo cual seguía actuando. Ello creaba un clima de pesadilla en torno suyo, pero ya le importaba poco: Había que llegar hasta el final, aunque en ese final no hubiese más que una tumba abierta.

Por eso llamó al archivo del periódico.

En los archivos de los periódicos hay a veces tantos detalles como en las brigadas de la policía, aunque clasificados en otro sentido. Y preguntó si Wilhelm, el hombre atracado por Elena Bell, tenía en Nueva York algún despacho o habitación privados, que no figurasen en la guía telefónica.

Lo tenía.

Un reportero del *New York Times* lo había averiguado y había logrado entrevistar al pájaro allí dos meses antes, a raíz de un escándalo financiero. La dirección figuraba en los archivos, y Ramsay la anotó.

Era en un edificio de veinte pisos de Jersey City, relativamente cerca de Newark. En la que ya empezaba a ser noche del lunes, los dos se dirigieron hacia allí.

Los túneles estaban sobrecargados de tráfico, en especial el Midway, pero las calles de Jersey City aparecían tranquilas. Los dos se dirigieron hacia el edificio donde Wilhelm tenía su despacho privado, al margen de las oficinas que ocupaba en Manhattan y que cualquiera podía conocer. Ramsay miró el edificio, al final de la calle, con sus ventanas ya apagadas, como si no hubiera nadie en él.

—Más vale que te quedes aquí, Eva —susurró.

—¿Sin intervenir?

—Al contrario, interviniendo en algo muy importante. Me cubrirás la retirada teniendo el coche situado ahí y con el motor en marcha. Creo que no va a haber ningún peligro porque Wilhelm ni

siquiera debe estar ahí, pero por si acaso no te descuides. Si notas que alguien te vigila, da una vuelta a la cuadra y regresas.

—Bien... Lo haré como tú dices.

Lo besó impulsivamente, en un beso rápido, casi violento, que era como una despedida. Ramsay desapareció.

Las oficinas tenían un funcionamiento muy limitado a aquella hora. En el amplio «*hall*» de recepción, tan sólo había un conserje, que no le preguntó nada. Ramsay fue hacia la amplia batería de ascensores que había al fondo y fue a abrir el único que estaba disponible.

Lo hizo con naturalidad.

Aparentemente, en su cara no se había movido un músculo.

Pero su puño derecho salió disparado como una catapulta apenas abrir la puerta. El tipo que iba a abrirle de arriba abajo con una vieja bayoneta recibió el brutal impacto en la cara sin tener tiempo para cubrirse, salió despedido hacia atrás y rompió el cristal con la espalda mientras lanzaba un gruñido de dolor. A partir de aquí, los acontecimientos se convirtieron en una vorágine.

A Ramsay ya le había extrañado que en unas oficinas donde en teoría no debía haber casi nadie funcionaran todos los ascensores menos uno. Ello indicaba que alguien estaba en el interior de ese uno, vigilando la llegada de cualquier intruso. Y lo que le esperaba a ese intruso era fácil de adivinar.

Por eso Ramsay llevaba el puño por delante cuando abrió la puerta. Por eso comprendió también que el hombre que estaba en el «*hall*» de recepción tenía que ser un falso conserje. Y por eso sujetó la muñeca derecha de su enemigo, mientras tiraba de él hacia adelante, sacándolo de la caja del ascensor y poniéndolo materialmente delante suyo. Porque adivinaba también lo que iba a ocurrir.

El gesto fue tan violento e inesperado que el hombre del machete no supo reaccionar. Creía tenerlo todo a su favor y de repente se encontraba con aquella especie de huracán. El falso conserje tampoco supo darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Disparó dos veces.

Llevaba una «FN» con silenciador, el muy condenado. Pero no había podido prever el rapidísimo giro de Ramsay.

Éste tenía delante a su enemigo, empleándolo como escudo.

Notó el brutal estremecimiento de aquel cuerpo al ser alcanzado por los dos impactos.

Y Ramsay lo dejó caer entonces a tierra, pero antes había metido la mano en la funda sobaquera del muerto. Cuando éste caía, Ramsay ya tenía entre los dedos un revólver «Cadix» provisto de un corto silenciador, arma ideal para repartir la muerte a poca distancia.

Tiró contra el falso conserje.

Sólo se oyeron dos taponazos.

Y un grito.

Aquel hombre se estrelló contra la pared mientras su cara se cubría de sangre.

Ramsay comprendió entonces que no podía perder ni un segundo. Aunque no entendía nada, estaba dispuesto a llegar hasta el final. Por lo tanto se metió en el ascensor y pulsó el botón del piso veinte, donde Wilhelm tenía su despacho, pero no se estuvo quieto dentro de la caja. Sabía que en los pisos superiores tenía que haber otros enemigos más.

Dio un salto y levantó la trampilla del techo, ayudándose del cañón del revólver, que manejó como si fuera un palo. Con ello quedó un orificio en la parte superior de la caja, empleado solamente en caso de reparación. Pero él metió el revólver entre la camisa y el pantalón, dio un ágil salto, se pudo sujetar a los bordes de la trampilla y se elevó hasta ella.

Jadeaba cuando llegó al techo. El esfuerzo había sido de los que dejan huella, pero él no podía descansar. Vio cómo en una extraña película que las puertas desfilaban por delante suyo, cada una con una mirilla redonda para ver el vestíbulo del correspondiente piso. Y lo que había supuesto se cumplió.

Desde uno de los pisos acribillaron la caja del ascensor cuando éste pasaba por delante, rociando de balas la delgada puerta. Si Ramsay llega a estar dentro, lo cosen a balazos. Pero él estaba encima del techo, o sea donde su enemigo no podía imaginar. Notó la salvaje vibración de la cabina sin sufrir un rasguño.

Habían disparado también con silenciador, o sea que los posibles ocupantes de las oficinas no se habrían dado cuenta de nada. Pero la voz del que acababa de disparar sonó entonces con potencia:

—¡He tenido que darle, Jim! ¡Pero asegúrate!

Jim tenía que ser otro pájaro que estaba en el piso de arriba.

Sin duda el del machete tenía orden de no dejar subir a nadie. Y cualquiera que subiese era, por lo tanto, un enemigo.

Ramsay apretó los labios.

Ya estaba llegando al piso superior cuando la caja no había llegado aún. Vio por la mirilla la cara sorprendida de su enemigo, que no entendía nada. Debió parecerle una alucinación.

Y Ramsay no le sacó de dudas.

Disparó una sola vez.

El cristal se deshizo. La cara del hombre que estaba detrás también.

Pero no tuvo tiempo de ver nada más.

Seguía subiendo. Ya estaba casi en el piso treinta. Pero, dada su situación encima de la caja, pudo salir por el piso treinta y uno, después de dar una patada a la puerta.

Eso fue una suerte para él, una suerte que le salvó la vida. Porque al bajar por las escaleras de emergencia desde el treinta y uno al treinta, se encontró con los dos tipos que acababan de abrir el ascensor.

No debían entender nada. Uno de ellos masculló:

—¡Está vacío!

—¿Entonces dónde se ha metido el pájaro?

Ramsay imitó el graznido de un buitre.

Los dos se volvieron.

En sus manos había rifles plegables del calibre 22, pero no tuvieron tiempo de usarlos.

Lanzaron al unísono una maldición.

Fue lo último que hicieron en esta vida. Y seguramente fue lo primero que hicieron en la otra.

Porque las balas del «Cadix» les segaron por la cintura. No tuvieron tiempo de disparar. Se estrellaron contra la pared mientras ésta era rociada por gotitas de sangre.

Ramsay giró sobre sus tacones.

No se había producido apenas ningún ruido. Podía decir que había dado a sus enemigos una sorpresa completa. Pero ahora Ramsay no disponía ni de una bala en el tambor del revólver, por lo que lo dejó caer a tierra. Se apoderó de uno de los rifles y corrió hacia el despacho de Wilhelm.

Un puntapié a la puerta. Un chirrido.

Ramsay tenía ya, el dedo en el gatillo, para enviar al diablo a cualquiera que se le pusiese por delante. Pero en el lujoso despacho no vio a nadie.

Bueno, vio a Wilhelm.

¿Pero era alguien aquel tipo que estaba medio destrozado sobre la mesa? ¿Era alguien aquel hombre partido en dos por el canto del hacha?

CAPÍTULO VIII

Ramsay sintió que el frío le llegaba hasta las puntas de los pies, pero ya no podía retroceder. Estaba en el fondo del pozo y había de salir de él. Penetró como un rayo en el despacho, mientras apuntaba a un lado y otro.

Fue eso lo que le salvó, porque si llega a apuntar a un solo sitio lo dejan seco. Pudo ver a su izquierda la figura femenina que lanzaba un grito gutural mientras alzaba el hacha.

Los ojos de aquella especie de bruja estaban desencajados. Era joven e incluso bonita, pero había en ella algo diabólico, algo que parecía llegar desde las sombras del Más Allá. En la penumbra del despacho, Ramsay no pudo distinguirla bien, pero durante algunas fracciones de segundo tuvo la absoluta seguridad de que se encontraba ante Elena Bell, la muerta.

Aquellas fracciones de segundo fueron un soplo.

Tuvo justo el tiempo de ladearse.

El filo del hacha casi le arrancó cabellos de la cabeza, antes de estrellarse contra el borde de la mesa. La hundió. Era increíble la fuerza de aquella mujer, que manejaba el hacha como un verdugo de la Edad Media.

Ramsay no disparó contra ella.

Seguramente era estúpido, pero se sintió incapaz de volarle la cabeza a una mujer. Vaciló mientras sus dientes chirriaban. El hacha se alzó de nuevo. Y ahora sí que Ramsay no se estuvo quieto.

No manejó el rifle como un arma de fuego, sino como una especie de lanza. Cruzándola en el camino del hacha, dio un golpe al mango de ésta y la desvió. Y enseguida, antes de que la extraña mujer reaccionase, movió la culata y le asestó un terrible golpe en la mandíbula, que pareció estallar.

La mujer cayó hacia atrás, soltando el hacha, pero eso no significaba que estuviera vencida. De una de sus mangas brotó un

revólver «Python» de cañón ultracorto, una de esas armas que no sólo te vuelan la tapa de los sesos, sino que te dejan además la cara completamente negra por el chorro de pólvora.

Ramsay no tenía más que un recurso: ser más veloz. Sus manos hicieron bajar instantáneamente el cañón del rifle.

La bala no sólo se llevó parte de la cabeza de la mujer; se llevó también su peluca. Los senos conseguidos a base de hormonas casi saltaron del vestido, pero Ramsay ya se había dado cuenta con asombro de una cosa: las bragas, al quedar alzada la falda, mostraban un bulto que no se podía disimular, pese a estar el pene echado hacia atrás y bien sujeto al periné. No era una mujer, sino un hombre. Se trataba de un travesti.

Infiernos... Ramsay no sabía en aquel momento qué pensar. Miró desconcertado en torno suyo. Y en aquel momento vio surgir de una de las puertas a aquel hombre vestido de azul.

Un policía. Alguien que en otro momento hubiera significado la salvación para Ramsay. Pero en este momento, ¿era realmente así? ¿Ramsay estaba delante de un policía... o de un asesino?

¿Quién diablos representaba a la ley allí?

No tuvo tiempo para pensarlo.

Porque en aquel momento, sólo verle, el policía alzó su revólver reglamentario y le apuntó.

Hizo fuego.

CAPÍTULO IX

A Ramsay, que no había tenido tiempo de girar el arma hacia su nuevo enemigo, le pareció notar el impacto de la bala en sus entrañas, pero una décima de segundo después se había dado cuenta de que su piel estaba entera. Simplemente la bala le había destrozado el cañón del rifle, convirtiéndolo en poco más que una escoba. Pero el policía... ¡apuntó de nuevo!

Una voz helada dijo entonces desde la misma puerta por la que el policía acababa de entrar:

—No hace falta que lleves tu entusiasmo tan lejos, Mac. A Ramsay ya le herimos una vez. Ni siquiera sé cómo se puede tener en pie.

Ramsay volvió la cabeza.

Tenía la sensación de que algo iba a estallar dentro de él. No entendía nada. Pero los dos detectives de la Brigada de Homicidios que le estaban apuntando con sus armas tampoco le dejaron tiempo para eso. Ramsay los conocía por haberlos visto un par de veces en conferencias de prensa, y sabía que no eran unos impostores. Por eso su asombro fue tan enorme que le impidió abrir la boca.

Uno de los detectives dijo:

—La comedia ha terminado, Ramsay.

—¿Qué leches de comedia?

—No debiste meterte en lo que no te importaba. Has llegado demasiado lejos.

—¿Significa eso que me vais a pegar dos tiros? ¿Que también vosotros estáis decididos a terminar de una vez?

—Nosotros ya hemos terminado, Ramsay.

—Maldito sea el semen de vuestros padres. No entiendo una palabra.

—Pues quizá empieces a entender con esto: Grover ha caído.

—¿Grover?

—Sí. Todo estaba montado para atraparle.

—¿Para atraparle por qué?

—Por bastantes cosas que tú ya sabes: prostitución de menores, coacciones sindicales, tráfico de drogas, asesinatos a precio fijo... En fin, era un hombre de provecho. Lo hacía todo. Pero era imposible probarle un solo delito hasta que cometió el error de matar a Elena Bell. Y eso nos dio la idea.

—Imaginaba que era él quien mató a Elena Bell —dijo Ramsay, respirando hondo por primera vez en mucho tiempo—. ¿Pero por qué había de hacerlo?

—Tú también sabes algo de eso. —Ramsay. A través de la UNICEF, ella averiguó bastantes cosas sobre el tráfico internacional de menores para ser prostituidos. Y como eso podía acabar con Grover, Grover decidió que ella tenía que morir.

—Entiendo... Por lo menos ahora entiendo algo, infiernos.

—Grover la mató y la hizo enterrar en secreto —continuó explicando el mismo detective con voz opaca—. Se interrogó a Grover como sospechoso y él juró solemnemente que nada tenía que ver. Su juramento consta en las actas del «pequeño jurado». Pensamos entonces que, si lográbamos que él mismo nos indicara el sitio donde estaba enterrada Ellen, lo habíamos hundido para siempre.

—¿Pero cómo iba a indicarlo? —susurró Ramsay—. Hubiera necesitado estar loco...

—Podía utilizarse una estratagema —dijo el detective—. Lo maquinamos todo bien.

Las facciones de Ramsay se tensaron.

Y de pronto lo entendió.

¡Por todos los condenados del infierno! ¡Claro!

Habían buscado a una chica que se pareciese a Ellen Bell. La habían maquillado para que se pareciese más todavía.

Fingiendo ser una
«call-girl»,

había entrado en contacto con hombres de confianza de Grover. El primero había sido Emerson.

Y Emerson había caído en la trampa, montada esta vez por la policía. No había podido evitar que ésta, por medio de la falsa Ellen Bell, robara secretos de vital importancia para Grover.

Y la reacción fulminante de Grover no se había hecho esperar. En lugar de sospechar de la policía, había sospechado de los «gangs» rivales e incluso de sus propios hombres de confianza. Por eso había realizado una auténtica escabechina en muy pocas horas. Pero sin saber... ¡que estaba siguiendo en realidad las huellas de una muerta!

El detective murmuró:

—Cuando fuiste a la oficina de Grover y él, dándose cuenta de que eras un entrometido, decidió quitarte de en medio en el *parking*, nosotros también teníamos un cierto interés en retirarte de la circulación, Ramsay, maldito hijo de zorra. Podías perturbar nuestros planes matando a Grover antes de que éste soltara lo que tenía que soltar. Y por eso te dispararon a una pierna.

—¿Qué es lo que tenía que soltar Grover? —masculló Ramsay.

—El sitio donde había enterrado a Ellen Bell.

La cabeza de Ramsay sufrió una sacudida.

Demonios, entendía la jugada.

Después de lo sucedido a Emerson y después de lo sucedido a Wilhelm, el condenado de Grover, quien aún no sospechaba de la policía, había abrigado una febril sospecha: no que Ellen estuviera viva, pero sí que alguien hubiera descubierto su sepultura y todo aquello fuesen los preparativos para «un chantaje» a gran escala. Por lo tanto había caído en una tentación muy lógica: ver si la tumba de Ellen estaba intacta. ¿Y quién podía saber dónde estaba la tumba de Ellen *sino su propio asesino*?

—Supongo que la policía lo ha atrapado ya —susurró.

—Sí —dijo el detective—. No precisamente con las manos en la masa, pero sí con los pies en la tumba. Ahora está listo. Después de esto, y cuando en este país vuelva a aplicarse la pena de muerte, a Grover la espera *la silla caliente*. Ya no tiene salvación.

Ramsay se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Pero hay algo que no tiene lógica... —musitó—. La policía puede tender una trampa a un tipo como Grover, puede robar a hombres como Emerson y Wilhelm, pero... ¿matarlos? ¿Enviar un travesti para que los liquide a hachazos? ¿Cómo es posible? ¿Desde cuándo la ley se hunde en una cosa así?

—No se ha hundido —dijo el segundo detective—. Ha sido el propio Grover el que ha cometido esos crímenes. El travesti es uno

de sus gorilas. ¿Que por qué lo ha enviado para liquidar a Emerson y a Wilhelm? En primer lugar imaginamos que para castigarlos a su modo por el fallo que habían tenido. Pero, sobre todo, por una razón económica: los fabulosos seguros de vida que tenían, y de los cuales era beneficiaría la organización de Grover. En el caso de Emerson, la primera beneficiaría era su mujer, y por eso tenía que morir también ella. Y, ¿ahora qué? ¿Te liquidamos, maldito entrometido? ¿O te llevamos al Fiscal del Distrito para que respondas de los hombres a los que has matado?

Ramsay musitó:

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De si vais a negar todo lo que yo escriba.

—Naturalmente que sí. Nuestros jefes lo negarán —gruñó el detective.

—Magnífico —dijo Ramsay haciendo crujir sus nudillos—. Será la única forma de que la gente lo crea.

Y fue medio tambaleándose hacia donde le esperaba Eva.

Pero tropezó antes con el hacha del travesti. Por poco se rompe la crisma.

FIN

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

